



CRUZANDO EL TAPON DEL DARIEN:

UNA VISION DE LA ARQUEOLOGIA DEL ISTMO DESDE LA PERSPECTIVA COLOMBIANA

WARWICK BRAY

Institute of Archaeology, University College London

Traducción:

ADRIANA ARIAS DE HASSAN

En este artículo no pretendo hacer un repaso exhaustivo de la arqueología colombiana. Mi propósito es analizar los aspectos de la prehistoria colombiana que influyeron sobre los desarrollos del Istmo y proponer al mismo tiempo un modelo para describir la naturaleza de la relación entre estas dos áreas.

El objeto de mi interés son las tierras bajas que se extienden desde Urabá hasta Venezuela (Figura 1). Mi punto de partida es la situación descrita por los cronistas españoles del siglo XVI, ya que creo que, tratándose de un modelo antiguo, sirve para interpretar los datos puramente arqueológicos de períodos anteriores -aunque sea sólo porque pone de manifiesto las dificultades y limitaciones de la evidencia-.

El Caribe colombiano en el siglo XVI

En 1502-1504, el golfo de Urabá era el epicentro de una red de comercio que unía al Istmo con las regiones del Caribe y las cordilleras colombianas. Los brazos altos del sistema del río Tuira, al Oriente de Panamá, son rutas convenientes para llegar a Urabá y al río Atrato el cual, a su vez, da acceso al interior de Colombia. Los tributarios del Atrato, y también los del río León, han sido las rutas de entrada a Antioquia y al valle del Cauca -al gran centro de explotación aurífera de Buriticá y al pueblo de orfebres de Dabeiba (Parsons, 1967; Bray, 1972)- y, más adelante por el Cauca, hasta la zona Quimbaya, cuya orfebrería ejerció una influencia sobre los estilos del Istmo antes del año 1000 de nuestra era. Al Oriente de Urabá, el golfo está separado del drenaje del río Sinú únicamente por algunas alturas menores, sin que exista realmente un obstáculo para la comunicación a lo largo del Litoral Caribe.

El oro era un artículo importante de comercio. En una carta escrita en 1513 al monarca español, Núñez de Balboa comentaba: "Todo el oro que llega a este golfo (Urabá) y todo lo que los caciques poseen en esta región, proviene de la casa del cacique Dabeiba". Otro cronista, Cieza de León, anotaba que los mercaderes profesionales del Sinú tenían tratos con el interior y que aparte del oro, existía un intercambio floreciente de esclavos, pescado, sal, tela de algodón y pecaríes vivos. Las piezas arqueológicas revelan que el oro Sinú se exportaba incluso hasta Costa Rica. El conocimiento esotérico, tal como lo sugiere Helms (1979), pudo

también haber sido otro producto de intercambio entre Colombia y Panamá.

Vale la pena señalar que la mayoría de los productos de la lista anterior no dejan ninguna huella arqueológica y que la cerámica sencillamente no figura en ella. La única referencia que he encontrado con relación al comercio de cerámica es un comentario de Peter Martyr (Drolet, 1980: 13) en el sentido de que el cacique Comogra, del Atlántico panameño, obtuvo collares y elementos de alfarería de sus vecinos de Oriente, los caribes, a cambio de alimentos y esclavos.

Una segunda región en la cual se cruzaban los caminos era la Depresión Momposina, una cuenca amplia formada por terrenos aluviales, lagunas de poca profundidad, meandros y caños, donde desembocan en el Magdalena sus afluentes el San Jorge, el Cauca y el Cesar. El sistema fluvial combinado une buena parte de las tierras bajas del Caribe. Al Occidente, las cabeceras del San Jorge casi se unen con el alto Sinú. Al Oriente, el río Cesar constituye la ruta tradicional de entrada a Venezuela, pasando por el Sur de la Sierra Nevada de Santa Marta para llegar a la cuenca de Maracaibo. Durante la Conquista, esta ruta sirvió para transportar sal y pescado desde Maracaibo, a cambio de objetos de oro producidos en la región de Valledupar (Sanoja, 1966: 235-238).

También el Magdalena es la ruta principal que une a la Sierra Nevada y a la costa Atlántica con los reinos de los muiscas ubicados en un altiplano de la cordillera Oriental, a una distancia de más de 700 kilómetros. Los grupos del altiplano aportaron a este sistema de comercio sus esmeraldas, telas de algodón y bloques de sal. En la dirección contraria, la sal de la costa de Santa Marta llegaba hasta una distancia de más de 70 leguas río arriba y las conchas marinas llegaban incluso hasta las aldeas de los muiscas. Tal como lo consignara fray Pedro Simón, los muiscas "se hacían a ellas [las conchas] al pasar éstas de *mano en mano*, a precios muy elevados". Esta expresión nos da una idea del mecanismo de contacto entre las diferentes zonas culturales.

Al igual que la conexión de Urabá, la ruta del Magdalena era antigua. Las esmeraldas de los muiscas ya habían llegado hasta Sitio Conte (tumba 26) hacia el periodo Coclé tardío (Lothrop, 1937: Fig. 180) y en las localidades productoras de sal de Nemocón y Zipaquirá se encuentran algunas de las primeras ocupaciones del periodo cerámico de la cuenca de Bogotá (Cardale-Schrimpf, 1976).

Reuniendo toda la información sobre trueque podemos establecer los límites de nuestro estudio. Los grupos que habitaban al norte de una línea trazada desde el Bogotá moderno hasta Armenia tenían -aunque indirectamente- contacto con el Istmo, mientras que quienes habitaban al sur de esa línea no lo tenían. Si aplicamos el mismo principio a la frontera norte, la resultante es una esfera de interacción ístmica que se extiende desde Yucatán hasta el centro de Colombia (Bray, 1977).

Un modelo descriptivo

Dos cosas me han llamado la atención al estudiar la arqueología de esta esfera de interacción.

Ante todo, las fronteras entre las provincias culturales permanecen constantes durante mucho tiempo. No es raro hablar de 1000 años. Así, por ejemplo, Cooke (1984) señala la continuidad de la cerámica de las

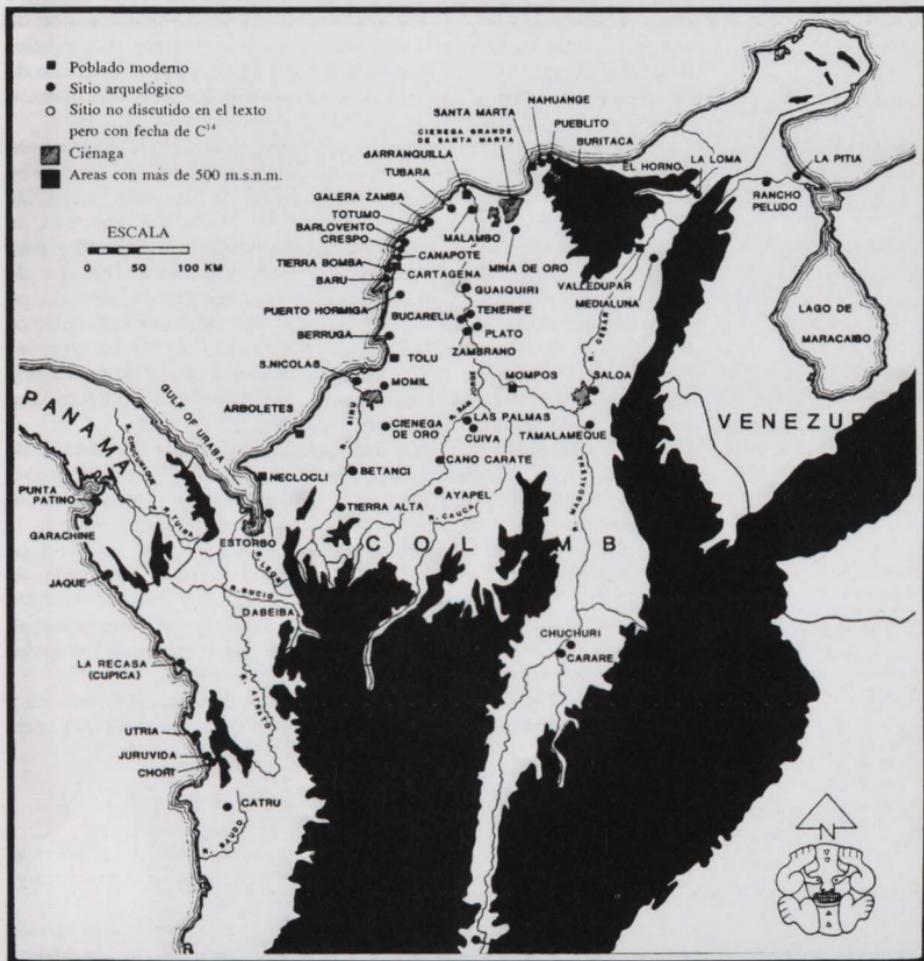


Figura 1
Las tierras bajas del Caribe desde Urubá hasta Venezuela

provincias centrales de Panamá desde los primeros siglos de nuestra era hasta la Conquista, y Drolet (1980) habla de una continuidad semejante en el Oriente de Panamá desde el siglo I de nuestra era hasta los cacicazgos Cueva del siglo XVI. No pretendo afirmar que no haya habido cambios en las fronteras (es obvio que los hubo), sino que lo normal era la estabilidad y no la fluctuación permanente. Este mismo tipo de estabilidad se puede demostrar también en el caso de Colombia.

En segundo lugar, la estabilidad no es sinónimo de aislamiento. Cada una de las zonas tuvo relaciones comerciales con sus vecinos y, a través de una especie de ósmosis cultural, las técnicas e ideas pasaron de una zona cultural a otra. Esta filtración se produjo en todas las direcciones. Aunque ciertos rasgos (la metalurgia, por ejemplo) se difundieron de forma unidireccional, el patrón global no nos permite hacer una división simplista y hablar sencillamente de culturas donantes y receptoras.

Si esto es así (y gran parte de este trabajo tiene por objeto demostrarlo), el Istmo tiene su propia individualidad cultural y no debe considerarse únicamente como una válvula de conexión entre las civilizaciones de Mesoamérica y Suramérica. En todo momento, la adaptación local y la adaptabilidad fueron el estímulo más importante para el desarrollo. En este modelo no es necesario hablar de oleadas de invasores, sino de algo mucho más parecido a la transmisión "de mano en mano" de que habla Simón. No niego que hayan podido existir contactos marítimos con territorios alejados como el Ecuador o los Andes centrales (Paulsen, 1977; Snarskis, 1976a; Fonseca y Richardson, 1978) pero sí soy de la opinión de que dichos contactos no contribuyeron de manera importante a la historia del Istmo.

En aras de la brevedad, daré a mi interpretación el nombre de *modelo de cadena*. Cada eslabón, o provincia cultural, posee su propia identidad pero, al mismo tiempo, está unido a sus vecinos para formar un todo continuo e ininterrumpido. Las semejanzas disminuyen con la distancia; cada zona tiene más rasgos en común con sus vecinos inmediatos que con las regiones más distantes. En estas circunstancias, el punto en el cual se trace la frontera sur de la parte baja de América Central, es cuestión de selección arbitraria. La frontera se puede ubicar en cualquier punto entre el Canal de Panamá y el pie de monte de los Andes colombianos, dependiendo de los rasgos que uno escoja.

Un modelo de este tipo concuerda con la evidencia etnohistórica y creo que, en términos generales, puede proyectarse varios milenios hacia el pasado.

La ocupación paleoindígena de Colombia

La evidencia arqueológica de Colombia no arroja mucha luz sobre el problema cronológico de la primera llegada del hombre a Suramérica y su desplazamiento inicial por el Darién.

El material fechable más antiguo encontrado en Colombia corresponde al final del Pleistoceno y se divide en dos categorías claramente diferenciadas: hallazgos esporádicos y superficiales de puntas de proyectiles en las cordilleras Central y Occidental, y una serie de sitios cuidadosa y meticulosamente excavados y analizados en la cordillera Oriental,



alrededor de la Sabana de Bogotá. Ya que no hay claridad con respecto a la relación que existe entre estos dos grupos de material, lo mejor es discutirlos por separado.

Puntas de proyectil

Con base en una visión general de las puntas acanaladas, no veo ninguna razón para cambiar mi opinión (Bray, 1978a, 1980a) de que podemos reconocer un subgrupo norte con las variedades Clovis y Folsom, y un subgrupo suramericano con puntas pedunculadas, acanaladas o no. En el medio, en el Istmo, hay una zona de transición o empalme en la cual se encuentran tanto las formas Clovis y las puntas pedunculadas como también algunas variedades que podrían considerarse intermedias.

Los descubrimientos hechos recientemente en Belice (Hester, Shafer y Kelly, 1980; Hester, Kelly y Ligabue, 1981; MacNeish y colaboradores, 1980) y un nuevo análisis del material del Norte del Ecuador (Mayer-Oakes, 1981) vienen a reforzar la idea de que existió una zona de confluencia en América Central y, además, amplían las fronteras de dicha zona. Las puntas tipo Clovis y Cueva Fell (cola de pescado) se han encontrado también en Belice, y Correal (1983) habla de una punta pedunculada y acanalada del tipo de la del lago Madden, encontrada en Bahía Gloria, en la parte colombiana del golfo del Darién. Al reconocer Mayer-Oakes la semejanza casi absoluta entre sus puntas pedunculadas de El Inga y algunas de las de Panamá, la zona de confluencia de culturas se extiende para abarcar la mayor parte del área intermedia, extendiéndose hacia el Norte hasta Chiapas, donde se han encontrado puntas del lago Madden en Los Grifos junto con una punta relacionada con Clovis en un estrato fechado aproximadamente entre el 7300 y el 6900 a. de J. C. (Santamaría, 1981).

En Colombia, al Sur del Darién, existen informes de varios hallazgos aislados de puntas de proyectil, muchas de las cuales no son paleoindias. Ya podemos descartar la punta de cola publicada por Bruhns, Gómez y Christiansen (1976), ya que esta forma se ha encontrado dos veces en tumbas con cerámica (Bray, 1980: Fig. 22). Reichel-Dolmatoff ilustra otros posibles especímenes paleoindios (1964a: 46-48). Entre ellos están una punta semejante a una cola de pescado no acanalada, encontrada cerca de Manizales y una punta acanalada y con cola encontrada en Restrepo, en la cordillera Occidental. Existe una segunda punta Restrepo encontrada en Antioquia (Ardila, 1982) y otra de los niveles precerámicos de la Cueva de los Murciélagos en el Darién (Correal, 1983). La misma forma se encontró en Lowe Ranch en Belice (Hester, Shafer y Kelly, 1980: Fig. 1d). Una punta lanceolada encontrada cerca de Santa Marta (colección privada) también puede ser de una fecha paleoindígena.

La única pieza que encaja dentro de un contexto geológico es la punta lanceolada con cola de El Espinal, en el Magdalena medio, la cual se encontró debajo de 7 metros de arena y ceniza volcánica. El análisis del carbón tomado de ese mismo estrato dio como resultado la fecha de 1830 ± 95 a. de J. C. (GrN- 5172), la cual es considerada demasiado reciente (Vogel y Lerman, 1969: 359).

Estos hallazgos aislados son todo lo que tenemos en el momento para cerrar la brecha entre Panamá y El Inga en el Ecuador (Bell, 1965; Mayer-Oakes, 1981). Un aspecto que podría ser importante es el hecho de que dichos hallazgos se agrupan en las cordilleras Occidental y Central, a lo largo de los flancos de los valles del Cauca y el Magdalena, a elevaciones de menos de 2.000 metros. En los puntos elevados de la cordillera Oriental, parte del material del Tequendama que analizaremos más adelante, solamente se ha encontrado una punta (sin descripción, sin fecha y de un jardín cercano a Bogotá) (Hurt, van de Hammen y Correal Urrego, 1976:16).

La ecología del pleistoceno en la región del Darién

Bien sea que estas puntas de proyectiles, y sus contrapartes de Venezuela, representen o no la primera llegada del hombre a Suramérica, no cabe duda de que el tapón del Darién no fue un obstáculo infranqueable para los desplazamientos humanos durante el Pleistoceno. Cooke (1984) resume la evidencia sobre Panamá y hace énfasis en el interrogante clave de si el hombre tuvo que adaptarse a las condiciones selváticas en algún momento de sus viajes, o si pudo haberse abierto paso por el Darién a través de corredores de planicies abiertas, sin necesidad de modificar su tecnología o su patrón de subsistencia. Otro aspecto de este problema, al cual poca atención se le presta en ocasiones, es el que se relaciona con aquello que el hombre pudo haber encontrado al otro lado, después de salvar el atolladero del Darién. ¿Encontró llanuras abiertas en las cuales pastaban el mamut, el caballo y el megaterio, o más bien un medio selvático semejante a la vegetación natural que existe actualmente en la zona? (Gordon, 1957).

No hay evidencia ambiental directa en lo que se refiere al lado suramericano del Darién, pero van der Hammen (1974) y Bradbury et al. (1981) han reunido la evidencia correspondiente a las zonas vecinas. Hacia la época comprendida entre los años 19000 y 12000 a. de J. C., coincidió con el momento de máxima glaciación un período de gran sequía. Durante la época de frío extremo, el límite superior de altitud de la selva andina bajó a 2.000 metros (es decir, 1.200-1.500 metros por debajo del nivel actual), lo cual produjo la fusión de distintos islotes de tierras de páramo para formar una franja casi continua. Al mismo tiempo, la vegetación seca y abierta del valle del Magdalena se proyectó pendiente arriba, conectándose con el páramo frío de los Andes para crear un corredor amplio de vegetación abierta (flora clásica del hábitat del mastodonte) y unir así las tierras bajas del Caribe colombiano con la cuenca de Bogotá en el altiplano de la cordillera Oriental (van der Hammen, 1981). En Venezuela, Guyana y Surinam, los diagramas del polen también revelan una correlación entre los períodos glaciales, el clima seco, el descenso de los niveles del mar y las extensiones de vegetación sabanera.

Considerando que la fecha más antigua proporcionada por el C^{14} en El Abra es de 10510 ± 160 a. de J. C. (GrN- 5556) y que se encontraron artefactos a mayor profundidad, quizás no sea una coincidencia el que la evidencia más antigua demostrada sobre Panamá y Colombia concuerde con las fechas más antiguas aceptadas para Venezuela y Perú y que la fecha del C^{14} corresponda al período inmediatamente posterior a aquel durante el cual existieron las mayores extensiones de tierras de pastoreo tanto en el altiplano como al nivel del mar. No obstante, esto no aclara el interrogante de si las tierras de pastoreo eran continuas (tal como sostiene Lynch, 1978) o si estaban intercaladas con selva, tal como se inclina a pensar Cooke (1984).

Industrias abrienses de la cordillera Oriental

La única información detallada acerca del Pleistoceno colombiano proviene de la cordillera Oriental en la cual hay sitios profundos y estratificados donde se ha preservado bien la fauna y donde el C^{14} ha proporcionado muchas fechas, todo esto unido además a unas secuencias largas de polen. Estos sitios son verdaderamente andinos por estar ubicados entre los 2.500 y 2.700 metros sobre el nivel del mar, cerca de la transición entre bosque y subpáramo. Muchas de estas localidades se encuentran agrupadas alrededor del lago extinto que forma lo que hoy es la Sabana de Bogotá.

Un sitio abierto correspondiente a este período -Tibitó 1, en donde el C^{14} proporciona una fecha aproximada de 9790 ± 110 a. de J. C. - es un sitio típico de sacrificio en el cual se encontraron huesos quemados y triturados de mastodonte, caballo y ciervo, pero no de animales más pequeños (Correal, 1980a, 1980c, 1981). Los demás sitios (en Sueva, Tequendama y El Abra) son abrigos rocosos y el estudio de la fauna hace pensar en una situación algo diferente (Correal, 1979; Correal y van der Hammen, 1977; IJzereef, 1978). El animal predominante es el venado (principalmente *Odocoileus* con algo de *Mazama* en Tequendama), se-



guido en segundo término por el curí, el agutí, el armadillo, la taira, la rata algodонера, el conejo, las aves y los caracoles de tierra. La mayoría de estos animales abundan en condiciones de páramo y en áreas limítrofes del bosque, y la abundancia de esqueletos de venados hace pensar a los excavadores que los habitantes de la cuenca de Bogotá, a finales del Pleistoceno, eran cazadores especializados.

Los utensilios de piedra encontrados en todos estos sitios son de tipo abriense, por lo general son utensilios pequeños, rara vez de más de 5 centímetros, y sus bordes de trabajo, retocados por lascado de percusión

en un lado únicamente, reflejan una técnica de fabricación muy simple. Tanto los núcleos como las lascas servían de preformas para las herramientas, aunque eran poco comunes las plataformas preparadas por percusión. La forma de los artefactos tiende a ser irregular. Los utensilios más comunes son pedazos semirectangulares u ovalados de chert con un solo borde de trabajo adelgazado hasta formar ángulo obtuso, con el fin de ser utilizado como raspador. La mayoría de las lascas están sin retocar, aunque los bordes de algunas aparecen adelgazados a base de percusión. Entre el repertorio se cuentan lascas triangulares, hojas prismáticas, "choppers" y martillos. Casi no hay ningún vestigio de puntas de proyectil ni de retoques bifaciales.

Desde el punto de vista funcional, Correal y van der Hammen (1977) clasifican la colección del pleistoceno tardío encontrada en el abrigo del Tequendama de la siguiente manera: más del 50% son implementos de corte, aproximadamente un 30% son raspadores y un 7% son perforadores. Las puntas de proyectil probablemente estaban hechas de madera dura, al igual que las encontradas en las cuevas secas de la cordillera correspondientes al período Cerámico.

Además de estos materiales abrienses hay algunos artefactos de mejor calidad, acerca de los cuales se ha dicho en ocasiones que son el componente tequendamiense de la colección. A diferencia de las herramientas abrienses estos artefactos reflejan una gran destreza técnica y buen control del retoque por presión. En el abrigo del Tequendama, el inventario estaba compuesto por un biface en forma de hoja ovoide, una punta de proyectil rota y un raspador ovalado aquillado de tipo joboide. La materia prima de varios de esos implementos no es de la región y probablemente proviene del valle del Magdalena (Correal y van der Hammen, 1977). También en Tibitó se encontró un raspador tipo Tequendama y en la región del Carare en el Magdalena medio se han hecho hallazgos superficiales de herramientas abrienses y tequendamienses (Correal, 1977).

Es difícil determinar la importancia de estos utensilios tequendamienses. ¿Representan anomalías tecnológicas de la colección de El Abra o constituyen el indicio de que hubo contacto con otras comunidades de Colombia que solían utilizar puntas de proyectiles y la técnica del retoque bifacial? ¿O es que, como sugieren los excavadores, los habitantes del altiplano permanecían en ese sitio únicamente por temporadas y pasaban otra parte del año en las tierras secas y semiabiertas cercanas al río Magdalena? Sea cual sea la verdad, nuestra atención recae sobre el valle del Magdalena, el cual ha sido siempre el corredor principal de comunicación entre las tierras bajas del Caribe y la cordillera Oriental. Sin embargo, antes que nada, debemos examinar los desarrollos de la cordillera un poco más a fondo.

El período Precerámico en la cordillera y las tierras bajas

Los abrigos rocosos ofrecen una de las secuencias precerámicas más completas del Norte de América del Sur y hablan también de un período asombroso de estabilidad y continuidad, el cual se prolongó durante miles de años.

Los sitios de El Abra, Tequendama y Sueva continuaron ocupados y hay otros sitios correspondientes a este período en Nemocón (Correal, 1979), Chía (Ardila, 1980) y Gachalá (Correal, 1979: 13, 1980b: 18). En este último sitio hay fechas de 7410 ± 45 y de 7150 ± 160 a. de J. C.

En esta zona de los Andes colombianos no se observa la brecha existente entre los años 8000 y 5000 a. de J. C., de la cual se queja Cooke en Panamá.

Durante el Holoceno Temprano, caracterizado por el predominio de los bosques, se produjeron cambios en la tecnología y en la forma de subsistencia. Las herramientas básicas continuaron siendo las de tipo abriense, aunque algo más pobres. Los utensilios tequendamienses desaparecieron; los implementos de hueso se hicieron más comunes; hubo un aumento en el porcentaje de martillos, piedras para macerar y cantos para triturar, desgastados en los bordes (edge-ground cobbles). Correal sugiere que estos cambios se relacionan con la preferencia por plantas silvestres, y los entierros humanos encontrados en Chía podrían sustentar esta opinión, dado que los dientes presentan el tipo de caries dental asociada normalmente con una dieta abundante en hidratos de carbono.

En cuanto a la fauna, la lista de especies es la misma, pero el patrón de la cacería especializada del venado, el cual predominó durante el período glacial, cambió para dar paso a una dieta más variada. En El Abra IV, en una muestra pequeña, se determinó la presencia de igual número de venados y curies con anterioridad al año 5000 a. de J. C., pero con posterioridad a esa fecha, el número de curies sobrepasó al de los venados, en una relación aproximada de cinco a uno (Jzereef, 1978). En el abrigo del Tequendama se observó un cambio de énfasis semejante (Correal y van der Hammen, 1977). Estos curies pudieron haber estado en una fase de protodomesticación con posterioridad al año 5000 a. de J. C., mientras que en el 500 a. de J. C. estaban completamente domesticados. Entre los años 7000 y 6000 a. de J. C., la presencia de nutrias, jabalíes y monos aulladores, al igual que de material foráneo de cuarzo y basalto del Magdalena, habla de un contacto con otras zonas ambientales (Correal, 1979).

En todos estos sitios se utilizó el mismo conjunto de herramientas básicas de tipo abriense desde el décimo milenio a. de J. C. hasta el período correspondiente a los últimos siglos de la era precristiana, durante el cual se comenzó a cultivar maíz en la cordillera y a usar la cerámica en las aldeas.

Esta continuidad tecnológica hace difícil evaluar el conjunto de herramientas líticas encontradas en todas las tierras bajas del Caribe colombiano (Reichel-Dolmatoff, 1965a: 48-50; Correal, 1977, 1980b). Aparte del abrigo rocoso de la Medialuna, la mayor parte de este material procede de sitios superficiales erosionados, los cuales a menudo están mezclados y no muestran rastros de huesos o de plantas. Desde San Nicolás y Pomares al Occidente, hasta la Guajira en el Oriente, se han encontrado colecciones muy semejantes de las cuales no forman parte las puntas de proyectiles, la piedra de moler o la cerámica. No es posible establecer con precisión la fecha de estas industrias rudimentarias pero (al igual que en la región montañosa) Correal habla de una continuidad que

se prolonga durante el período Precerámico hasta la época de la cerámica caribeña más antigua (alrededor del año 4000 a. de J. C.).

En el valle del Magdalena medio existen muchos sitios superficiales en cercanías de las lagunas de San Silvestre, Chucurí y Puerto Carare, los cuales señalan la existencia de una industria bien definida de "choppers" con lascas triangulares y hojas prismáticas de forma abriense y también raspadores aquillados de tipo Tequendama (Correal, 1977; Hurt y colaboradores 1976). A lo largo de todo el río Magdalena, y casi hasta sus cabeceras, ocurren industrias relacionadas en forma general con todos los implementos mencionados anteriormente (Correal, 1974, 1977, 1980b).

En el Pacífico choaco, en los ríos alto Baudó, Jürubidá, Catrú y Chorrí, y en la bahía de Utría, se han encontrado herramientas semejantes lascadas a base de percusión, en sitios sin evidencias de alfarería (Angulo 1963: 56; Reichel-Dolmatoff, 1965a: 49), el inventario de los artefactos de Catrú incluye: raspadores, hojas de borde dentado, perforadores, buriles y cuchillos. Si estas colecciones son realmente de la época precerámica, demuestran una adaptación temprana a las condiciones de la selva húmeda tropical, tanto interior como costanera, e indican que en el Darién podría encontrarse un material semejante. Los niveles inferiores no cerámicos de la cueva Bustamante, cuya fecha se calcula con anterioridad al año 3000 a. de J. C., pueden ser la primera evidencia que apoye esta teoría (Cooke, 1976c: 33), y me sorprendería que la mayor parte del Oriente de Panamá no hubiera estado ocupada permanentemente desde finales del Pleistoceno.

Para resumir, en las tierras bajas, y en la cordillera oriental adyacente a ellas, hay una serie de industrias simples que parecen formar una sola familia y muestran una continuidad esencial desde el período Pleistoceno hasta el Cerámico. Ya que estas industrias son recurrentes en diversos tipos de ambientes, esta tecnología debió ser producto del condicionamiento cultural y no solamente del medio ecológico -aunque las herramientas para trabajar la madera son un elemento fundamental en todos estos grupos-. La evidencia que poseemos, basada en la fauna de los abrigos rocosos de las cordilleras y en la localización preferente por los sitios de habitación en las tierras bajas, habla de un forraje no especializado y de una alimentación adaptada a lo que ofreciera el ambiente local.

Varios autores han propuesto ya la idea de una "superfamilia" de industrias tecnológicamente simples y relacionadas entre sí, desde Cerro Mangote en Panamá hasta el extremo Sur de lo que hoy es la costa de manglares en la región Talara del Perú (Stohtert, 1977a, 1977b; Richardson, 1973). La tendencia ha sido la de considerar estas colecciones como una "tradición del litoral" en el Suroccidente de América del Sur. No obstante, estoy de acuerdo con Hurt et al. (1976) cuando incluyen las industrias abrienses dentro de esta tradición y amplían la distribución para incluir también a los Andes colombianos. El límite Sur todavía no está claramente definido, pero debe estar en algún punto al Norte de la zona de la puna de los camélidos en los Andes centrales.

Dentro de esta vasta zona, cada una de las industrias regionales comparte ciertos rasgos comunes con las demás, pero tiene a la vez sus características propias. No hay necesidad de imaginar desplazamientos a lo largo de grandes distancias desde un extremo al otro de esta amplia zona de distribución, aunque hay evidencia clara acerca de contactos a

distancias cortas y medias -por ejemplo, el hacha de piedra pulida tipo Siches- Esteros del Perú encontrada en la península de Santa Elena en el Ecuador, a unos 270 kilómetros al Norte (Stoother, 1977b), -o la relación entre el valle del Magdalena y la cuenca de Bogotá en Colombia. El elemento de cadena de mi modelo parece estar presente incluso desde el período Precerámico. Y también parece estar presente el segundo elemento de mi modelo -la gran continuidad en el tiempo-.

Estos conjuntos de herramientas no especializadas tienen una distribución continua en el espacio, parecen tener relación con la búsqueda de cualquier tipo de alimento ofrecido por el medio ambiente (generalmente en ambientes mixtos) y persisten durante milenios. Desde el Ecuador hasta Panamá, la continuidad se extiende hasta el período Cerámico y parece existir un sustrato común -alimentación omnívora sumada a tecnología rudimentaria- en las culturas de Monagrillo, Puerto Hormiga, Valdivia y la fase Herrera del altiplano colombiano.

La mandioca, el maíz y el comienzo de la agricultura en el Caribe

Durante este período (posterior al Pleistoceno pero anterior al Cerámico) pudieron haber tenido lugar las primeras fases de una agricultura experimental en las tierras bajas del Caribe, aunque la evidencia al respecto es mínima. Hay quienes se han inclinado a suponer que después de terminar el Pleistoceno sobrevino una etapa de estabilidad ambiental, pero tal suposición es completamente errónea. La perturbación del medio ha sido continua, debida en parte a los efectos naturales o climatológicos (van der Hammen, 1965; van Geel y van der Hammen, 1973; Wijnstra, 1967; van der Hammen y Correal, 1978) y en parte a la acción del hombre, especialmente la deforestación, la cual ha producido erosión y desertificación en la Guajira (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1951) y ha sido el origen de sabanas hechas por el hombre en las cuencas del Sinú y el San Jorge, con formación de aluviones y lodo en las lagunas y estuarios (Gordon, 1975; Patiño, 1964; Shlemon y Parsons, 1977; Parsons,



1978). Por consiguiente, los primeros pasos hacia la agricultura se dieron en un ambiente muy diferente al de hoy.

Por ahora, resulta más fácil hacer el análisis de atrás para adelante, comenzando con lo que conocemos para llegar a lo desconocido, es decir, con los sistemas de agricultura documentados en la época del contacto con los europeos. El cúmulo de información del siglo XVI reunido por Patiño (1964) revela que, en el momento del contacto, existía en las tierras bajas del Caribe una economía mixta basada en el maíz, la mandioca, la batata y otras raíces comestibles, palmas, frutas y plantas de utilidad económica tales como el algodón. El estudio del polen del lago Gatún (Bartlett, Barghoorn y Berger, 1969) y de la isla Palenque (Linares y Ranere, 1980: 489) en Panamá indica que sistemas semejantes de cultivo del maíz y las raíces comestibles se remontan en algunos sitios incluso hasta los primeros siglos de la era cristiana. Surgen entonces los interrogantes sobre cómo, cuándo y dónde se desarrolló este tipo de economía. No creo que ninguna explicación simple sea adecuada pero, como un primer paso, podemos identificar los dos componentes principales de la agricultura caribeña, uno de ellos propio de las tierras bajas (el conjunto de cultivos de raíces comestibles) y el otro (el maíz) llegado de alguna otra zona.

Las tierras bajas del Caribe, y especialmente las partes más secas del Oriente, encajan dentro de la definición que han dado los ecólogos sobre la zona ideal donde pudo haber comenzado el cultivo de raíces y tubérculos (Harris, 1969). Podemos suponer que este elemento de la economía se desarrolló localizadamente, aunque conviene evitar la expresión "agricultura de selva tropical" con todas sus implicaciones difusionistas. En condiciones de una tierra baja tropical, con una gama bastante parecida de posibles cultígenos, en todas partes tienden a desarrollarse sistemas agrícolas semejantes aunque no sean específicamente iguales. Por lo tanto, debemos abandonar esa búsqueda de un solo centro de origen en "alguna parte del Norte de América del Sur".

En el caso de la mandioca, la taxonomía es compleja, no hay claridad con respecto a la relación entre las variedades dulces y amargas y hay varias posibilidades en cuanto a los centros de origen (Rogers, 1965; Renvoize, 1970, 1972). Ya que uno de los centros de diversas variedades es Mesoamérica, desde México hasta Nicaragua, es peligroso suponer que la existencia de mandioca en el Istmo implique necesariamente que ésta haya venido de América del Sur. No obstante, de acuerdo con la evidencia actual, las variedades mexicanas de esta raíz no parecen haber sido la fuente de las formas cultivadas.

En la época en la cual se hizo el contacto con los europeos, la Colombia caribe y la América istmica constituían una sola provincia en cuanto al cultivo de la mandioca se refiere, y producían únicamente *yuca dulce*, a diferencia de Venezuela, en donde predominaba la *yuca brava* (Patiño, 1964: 43-57). Existe una *Relación* de 1579 en la cual se menciona la mandioca amarga (pero no así los implementos típicos para procesarla) en el río Magdalena cerca de Tamalameque (Latorre, 1919: 20), y hoy se dice que en cercanías de Mompós, un poco más lejos río abajo, crece una mandioca silvestre y venenosa (Gordon, 1957: 102, nota 58). Además, hasta hace poco se cultivó algo de mandioca amarga en la Guajira (M. Schrimppff, comunicación personal) y los koguis de la Sierra

Nevada siembran actualmente un poco de mandioca amarga para usar solamente en sus ceremonias (Turbay, comunicación personal), pero estas son las únicas referencias que conozco en lo que atañe al Caribe colombiano.

El caso del maíz no es menos difícil. Dejando de lado la cuestión del centro de origen y de si provino o no de los teocintes de Mesoamérica (Beadle, 1977; Smith y Lester, 1980), podemos al menos decir que no se adaptó inicialmente a las condiciones de las tierras bajas del Caribe y que, por lo tanto, tuvo que haber sido incorporado a las economías locales de cultivo de raíces y árboles. La pregunta es ¿cuándo? Si estudiamos la periferia del área de nuestro estudio, encontramos maíz en las montañas de México cerca del año 5000 a. de J. C., y cepas de maíz adaptadas a las condiciones tropicales de las tierras bajas en Cuello (Belice) hacia el año 2000 a. de J. C. (Miksicek et al., 1981). En Panamá, en la región del lago Gatún hay evidencia de maíz hacia el año 2750 a. de J. C. (Piperno, 1982). Además, al lado de la cerámica de Monagrillo ocurren fitolitos de maíz con anterioridad al año 1500 a. de J. C. (Piperno, 1980b; Cooke, 1982) y en el quinto milenio antes de nuestra era también aparece maíz en los depósitos precerámicos de la cueva de Los Ladrones (Piperno y Clary, s.f.). En Ecuador se ha encontrado maíz asociado con cerámica Valdivia (Zevallos et al., 1977), y recientemente se han identificado fitolitos de maíz en contextos Vegas precerámicos del año 6000 a. de J. C. aproximadamente (Piperno, 1981). A menos que la difusión se haya producido enteramente por mar, la parte Norte de Suramérica estaba entonces en condiciones de haber recibido maíz en cualquier momento entre los años 6000 y 2000 a. de J. C. Entonces, ¿dónde está la evidencia?

Si la presencia de cerámica indica que se practicaba alguna forma de agricultura (y el consenso no lo indica necesariamente) pudo haber algún tipo de agricultura en la llanura Caribe antes del 3000 a. de J. C. En Colombia, esta fecha coincide con un periodo de mayor sequía. Muchos de los sitios correspondientes al Cerámico temprano están orientados hacia lagunas y estuarios y contienen piedras para romper nueces (para las frutas de palma), pero no contienen evidencia alguna de agricultura. En el conchero de Monsú hay lo que probablemente son azadones de concha *Strombus*, los cuales podrían significar que se excavaba el suelo en busca de alimento vegetal. Sin embargo, no hay maíz en la muestra de polen. (Reichel-Dolmatoff: 51-53).

A partir del año 1000 a. de J. C. aproximadamente, hay una posible incursión o difusión de mandioca amarga desde Venezuela hasta Malambo en el río Magdalena (Angulo, 1962, 1981) hasta Momil en el río Sinú y quizás hasta La Montaña en la región costarricense de Turrialba (Snarskis, com. pers.). Es importante tener presente que, en todos los casos, la evidencia relativa a la mandioca amarga es indirecta y se ha obtenido a través de budares (con algunos fragmentos de ralladores en Momil). Tal como lo ha demostrado De Boer (1975), estos artefactos no constituyen prueba concluyente acerca del procesamiento de la mandioca. Cualquiera que haya sido el significado de este interés por los budares en Colombia, fue de todas maneras un episodio transitorio y con el tiempo deja de constar en los registros la existencia de planchas para cocinar.

En Momil, los excavadores observaron una diferencia grande entre Momil I (con budares contorneados y fragmentos de ralladores, pero sin piedras de moler) y Momil II (con manos y metates, pero sin fragmentos de planchas para asar ni ralladores de piedra), y sugirieron que la diferencia se debía a la transición de una economía basada en la mandioca amarga a otra basada en el maíz. Si aceptamos nominalmente las fechas proporcionadas por el C^{14} en Momil Ib (vease más adelante), esto ocurrió después del año 200 a. de J. C. Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1974). Sin embargo, creo que no debemos pensar que se abandonó completamente el cultivo de la mandioca, sino más bien que la *yuca brava* (y el equipo para procesarla) fue reemplazada por la *yuca dulce* cuando ya se cultivaba el maíz como un excedente almacenable que pudiese reemplazar al pan de harina de mandioca o farinha. El producto final de esta secuencia de sucesos sería la economía mixta mencionada en los anales del siglo XVI.

Pero no debemos tampoco generalizar con base en el caso de Momil, ya que un estudio comparativo revela unas reacciones muy diversas frente a la llegada del maíz. El caso del conchero de la costa oriental del golfo de Urabá es semejante al de Momil (GIAP, 1979, 1980). La fase I, encerrada entre las fechas del C^{14} que van desde el 350 ± 95 a. de J. C. hasta el 420 ± 130 A. C., contiene fragmentos de planchas para asar, piedras de moler y macerar, además de polen de mandioca, de palmas y de frutas tropicales. En la fase II (sin fechas), ya no aparecen los budares para asar ni el polen de mandioca, pero entran a formar parte de los registros el polen de maíz y las piedras de moler. Esto encaja dentro de la evidencia etnohistórica, según la cual, en 1502-1504, el Oriente de Urabá aparece como una tierra sembrada de maíz y rodeada de bosques y espesura (Sauer, 1966: 163).

En el Oriente, en Venezuela, la evidencia que habla del cultivo de mandioca amarga en Rancho Peludo está constituida por solamente dos distintos budares (Roosevelt, 1980: 9, nota 2), y la ocupación ha demostrado corresponder al período comprendido entre el año 400 a. de J. C. y el 1400 A. C., y no al segundo o tercer milenio a. de J. C. (Núñez-Requeiro et al., 1983). Por lo tanto, es preciso descartar este sitio. Más hacia el Oriente, en Parmana, en el terreno aluvial del Orinoco, el maíz entra a formar parte del inventario hacia el año 800 a. de J. C. En el año 400 de nuestra era, este insumo suplía el 80% de las necesidades alimenticias, mientras que la mandioca amarga había perdido su posición de predominio, aunque nunca fue desplazada completamente (Roosevelt, 1980; Van der Merwe et al., 1981). En los llanos venezolanos, la situación era a la inversa y Zucchi (1973) sostiene que la economía del maíz, reconocible desde el año 1000 a. de J. C., fue reemplazada por la economía basada en la mandioca hacia el año 500 de nuestra era. En lugar de una horda migratoria de cultivadores de maíz que pudieron haberse desplazado desde Mesoamérica hacia Suramérica, o de cultivadores de mandioca que pudieron haber viajado desde las tierras bajas del Caribe pasando por el Istmo, toda la evidencia parece apuntar hacia un patrón combinado de adaptaciones locales en el cual se reúnen los mismos componentes básicos pero de manera diferente y con mayor o menor preponderancia de unos u otros.

Aunque, teóricamente, el maíz se cultivaba desde mucho tiempo antes, en Colombia existe evidencia directa únicamente a partir del segundo milenio a. de J. C., con industrias líticas de derivación abriense. En el abrigo rocoso No. 1 de Zipacón, cuya fecha aproximada corresponde al año 1300 a. de J. C., se encontraron restos de maíz, batata y aguacate junto con los tipos más antiguos de alfarería hallados en la Sabana de Bogotá (Correal y Pinto, 1982). Los excavadores piensan que las plantas cultivadas y uno de los tipos de cerámica pudieron haber llegado del valle del Magdalena. Mil años después aparecen en abundancia estos mismos tipos de cerámica, marcadores cronológicos del período Herrera, en sitios de toda clase (abrigos rocosos, aldeas abiertas y fuentes de explotación salina), con fechas de 275 ± 35 a. de J. C. en Tequendama (Correal y van der Hammen, 1977: 61) y de 260 ± 65 a. de J. C. en la base de la salina de Nemocón (Cardale-Schrimpff, 1976). En El Abra aparecen simultáneamente el polen de maíz y la cerámica en la transición entre las zonas de polen VII y VIII, la cual marca el comienzo de un período más frío y húmedo hacia el año 500 a. de J. C. o un poco antes (Schreve-Brinkman, 1978). Por la misma época, 600-300 a. de J. C., se presenta por primera vez el polen de maíz en sedimentos de la laguna de Los Bobos (van der Hammen 1962), hecho que coincide con un episodio de deforestación en Fúquene y buena parte de la cordillera (van Geel y van der Hammen, 1973). Las mazorcas regresan a los registros arqueológicos, esta vez con cerámica muisca, en una ofrenda encontrada en Los Solares, cuya fecha, determinada a partir del C^{14} , se sitúa en el año 310 ± 50 A. C. (GrN-4792).

Estas fechas concuerdan bastante bien con la mayor parte de la evidencia panameña y con lo que Cooke (1984) denomina un "cambio drástico en los asentamientos" asociado con un estilo de vida en aldea y con el cultivo del maíz. Sin embargo, aún hay problemas por resolver en Colombia y Panamá. Si la escuela de los teocintes está en lo cierto con respecto a la botánica, para que su argumento sea válido se necesita que el maíz haya sido llevado desde Mesoamérica hasta Suramérica varios miles de años antes de Jesucristo. Es posible, y hasta probable, que el aparente desfase cronológico en Colombia se haya debido a una mala conservación y que ese primer maíz que llegara a las tierras bajas sencillamente hubiera desaparecido bajo condiciones tropicales. Esto podría demostrarse directamente por medio de isótopos estables de carbono (Burleigh y Brothwell, 1978; van der Merwe et al., 1981).

Otra forma de abordar el problema consiste en estudiar el patrón de distribución de las distintas cepas de maíz. Entre las mazorcas del maíz panameño de Sitio Sierra (Cooke, 1979, 1984), con fecha del 65 a. de J. C. hasta el 235 A. C., hay algunas semejantes a la variedad Pollo y otras parecidas a la variedad Harinoso de Ocho. Por lo general, se considera que el maíz de Ocho es suramericano, mientras que la variedad Pollo se encuentra actualmente en el Norte de Colombia y en la zona adyacente a Venezuela. También en los sitios siguientes se han encontrado mazorcas de la variedad Pollo y semejantes: Parmana, Orinoco venezolano, año 800 a. de J. C. aproximadamente (Roosevelt, 1980: 179); La Betania, llanos venezolanos, año 130 ± 130 A. C. (Zucchi, 1973: 188); Severo Ledesma, Costa Rica, en la fase El Bosque, año 345 ± 165 (1-7514) y posiblemente

relacionado con Momil II (Snarkis, 1976a); y la cuenca de Cerro Punta en Chiriquí, año 200-400 A. C. (Galinat, 1980). Se ha encontrado maíz correspondiente a períodos posteriores al año 1000 de nuestra era en varios sitios de los Andes venezolanos (Mangelsdorf y Sanoja, 1965; Wagner, 1967, 1973).

Desde el punto de vista arqueológico, no se ha encontrado maíz Pollo, o una forma semejante, al Norte de Costa Rica y tampoco en el extremo Sur de Colombia, por lo menos hasta ahora. Desde el punto de vista de distribución, el maíz tipo Pollo es, por lo tanto, la cepa por excelencia del Area Intermedia. Ocupó un bloque cohesivo de territorio al inicio de nuestra era y se acepta el hecho de que tiene una relación estrecha con el Nal-Tel (una de las primeras cepas en atravesar el tapón del Darién) (Pearsall, 1977-1978). No veo ninguna objeción arqueológica para la idea de Galinat de que el maíz Pollo es progenie del Nal-Tel y que se desarrolló quizás como respuesta evolutiva a las condiciones de frío y humedad en algún punto (o quizás en todas partes) dentro de su área de distribución arqueológica entre Costa Rica y Venezuela. Tal parece que sí hubo en realidad contactos botánicos a través del Darién, pero esto no equivale a decir que, por el hecho de que haya algunas características de la variedad Pollo en el maíz del Istmo, quede necesariamente demostrada una influencia suramericana.



Haciendo una reconstrucción del escenario colombo-ístmico hasta ese punto, podemos identificar tres etapas: a) un primer periodo durante el cual se destacan las raíces, los tubérculos y los productos de palma, sin ninguna evidencia de maíz; b) un episodio no muy bien documentado durante el cual se pudo haber difundido hacia el Occidente el cultivo y el procesamiento de la mandioca amarga desde Venezuela o el Amazonas; y c) una etapa posterior, reconocible a partir del año 300 a. de J. C., durante la cual se aprecia algo semejante a la mezcla de cultivos mencionada por los españoles del siglo XVI.

La cuarta y última etapa dentro de esta progresión fue la correspondiente a un paisaje artificial, creado por el hombre. Como hemos visto, en la cordillera Oriental se llegó a esta etapa con la tala de los bosques al inicio de nuestra era o incluso antes, y en las tierras bajas con la transformación de la vegetación selvática del San Jorge en tierra cultivable, no más tarde del siglo VII de la era cristiana (véase la sección sobre el San Jorge y el Sinú en este artículo). Para cuando aparecieron los primeros cacicazgos en Colombia y el Istmo no creo que existiera ya gran parte del paisaje natural.

La tradición del tocomate: primeras culturas cerámicas, 3000-1000 a. de J. C.

Antes del año 3000 a. de J. C. hacen su aparición en el Caribe colombiano dos fenómenos nuevos -la cerámica y los basurales de conchas-. La presencia relativamente tardía de concheros, en comparación con las regiones vecinas de Panamá y Venezuela, nunca se ha podido explicar satisfactoriamente. En caso de no ser simplemente un accidente de muestreo, es probable que tenga alguna relación con el cambio de los niveles del mar o con el hecho de que esta fecha del año 3000 a. de J. C. también coincide con el comienzo de un período de resecaamiento en Colombia, marcando el inicio de la zona de polen VII (van der Hammen, 1965).

Es precisamente esta serie de concheros la que ofrece la mayor cantidad de evidencia sobre los siguientes 2000 años de la prehistoria colombiana. Con base en las fechas determinadas a partir del C¹⁴ y las estratigrafías de los montículos de Monsú y Canapote, es posible identificar una secuencia de fases en cercanías de Cartagena, la cual puede quizás ser aplicable a toda la zona comprendida entre el golfo de Morrosquillo y el río Magdalena (Reichel-Dolmatoff, 1955, 1965b, 1971, 1978; Bischof, 1966, 1972).

La secuencia comienza aproximadamente hacia el año 3000 a. de J. C. con la alfarería con desgrasante de fibra, o de arena encontrada en Puerto Hormiga, y continúa con los estilos sucesivos de Monsú, Canapote, Tesca y Barlovento. La última fecha que se tiene para el hallazgo de Barlovento es el año 1030 ± 120 a. de J. C. (W-741).

No se sugiere que estos materiales formen una sola línea de desarrollo. Hay interrupciones en la continuidad (por ejemplo, entre Puerto Hormiga y Monsú y entre Monsú y Canapote) e indicios de que hubo empalme entre algunas fases en lugar de una secuencia estrictamente consecutiva, con posibles intrusiones en la continuidad del sitio (Bischof,

1972). La dificultad para relacionar las colecciones superficiales con la secuencia maestra ilustra el problema. Los arqueólogos que han estudiado estos fragmentos no han llegado a un consenso, aunque la mayoría están de acuerdo en que algunos sitios como Ciénaga de Totumo, Galerazamba, Isla Barú, Tierra Bomba, Berruga y Morrosquillo corresponden a la segunda mitad de la secuencia.

No obstante, detrás de esta variedad hay unidad y también en este caso existe una de esas "superfamilias" culturales que se perpetuó durante cerca de 2.000 años. La evidencia acerca de esta relación familiar está en un grupo de rasgos comunes: a) una preferencia por los montículos anulares (Puerto Hormiga, Monsú, Barlovento), los cuales son diferentes de los montículos amorfos de períodos posteriores (comparar con Sutherland y Murdy, 1979; aunque véase Angulo, 1978: 10) y supuestamente reflejan ideas comunes sobre organización social y distribución de los asentamientos; b) falta de evidencia concluyente acerca de la agricultura; c) conjuntos de herramientas de piedra derivados del repertorio Precerámico anterior; d) azadones de *Strombus*, presentes en las ocupaciones de Monsú, Canapote y Barlovento en el sitio Monsú; e) uso de apenas unas cuantas formas simples en los utensilios de cerámica, en especial el tazón hemisférico o subglobular (tecomate); f) un grupo común de técnicas para decorar los utensilios de cerámica (incisión ancha y angosta, punteado, estampado, relleno rojo, zonas de pintura roja, modelado), aunque en ningún estilo se emplean todas las técnicas ni tampoco se utilizan los elementos de una misma manera.

Entre los lugares en los cuales se han hecho estos hallazgos están las costas, las islas costa afuera, las orillas de los ríos y las lagunas, y por lo general se trata de lugares que parecen ofrecer la máxima variedad ecológica. Dadas estas condiciones, sería de esperar que se hubieran explotado varias zonas ecológicas. No obstante, lo que muestra la evidencia es que hubo especialización y restricción deliberada. La proteína se obtenía, cuando era posible, de los ríos, las lagunas, los estuarios y el mar. La representación de las especies del bosque y la sabana es poca y hay predominio de los animales pequeños sobre los venados. Los azadones de concha pueden tener relación con el cultivo de raíces y tubérculos, y las piedras para romper nueces, los morteros y las piedras de moler pueden reflejar un interés por las semillas y las frutas de palma. Todavía no hay respuesta acerca de si la ocupación era estacional o permanente, pero en Monsú, en la playa de arena de un río, las huellas de los postes que sustentaban una gran estructura ovalada dan indicio de un asentamiento relativamente permanente.

Los recursos acuáticos también constituían la fuente esencial de alimento en los sitios regados por el río Magdalena -en Isla de Indios-, en la isla de la ciénaga de Zapatosa (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1953: 61) y en el sitio Bucarelia/San Jacinto, ahora enterrado bajo el terreno aluvial del valle del río Magdalena (Reichel-Dolmatoff, 1965a: 59, 173, 1971, Bischof, 1972). La cerámica de Bucarelia se ha comparado tanto con la de Puerto Hormiga como con la del grupo Tesca/Barlovento, pero cualquiera que sea la fecha, este sitio representa una adaptación, tierra adentro, a un medio de aluvión, río y laguna diferente del de la costa. La estrategia económica no giraba alrededor de los moluscos o la

caza menor, sino que dependía de la pesca de río con arpones de hueso y de la cacería de reptiles en los meandros. Este parece haber sido el patrón general que prevaleciera en la zona, dado que en una *Relación* de 1579 se habla de que los indios Tamalameque tenían pescado en abundancia pero rara vez comían carne (Latorre, 1919: 17).

Estas culturas colombianas conforman el bloque central de una misma "supertradición" que se extiende desde Venezuela hasta Panamá. En el extremo Oriente está representada por la fase Kusú, una estación de pesca en La Pitia, en la costa de la Guajira venezolana (Gallagher, 1976). Entre la cerámica de esta fase se cuentan ollas y los ubicuos tecomates semiglobulares. En lo que a Colombia se refiere, la incisión ancha y la decoración punteada de Kusú se asemejan mucho a las de Barlovento, aunque los detalles son diferentes.

En Panamá, Monagrillo parece ser un miembro periférico de esta familia. Cualquiera que sea la fecha inicial exacta (Cooke, 1984), desde el punto de vista de estilo, Monagrillo encaja dentro de la primera parte de la secuencia colombiana. Entre las formas están los tecomates, y algunos de los elementos decorativos de Monagrillo aparecen también en Puerto Hormiga, entre ellos las líneas incisas rematadas en puntos, ornamentos en espiral debajo de bandas horizontales y, ocasionalmente, áreas excisas en los puntos donde se encuentran las líneas. Por otra parte, en Monagrillo están ausentes los diseños exuberantes, modelados, estampados, punteados y hachura de Puerto Hormiga, pero la decoración pintada de sus utensilios no tiene paralelo en Colombia (Myers, 1978).

Las diferencias entre las culturas que constituyen la tradición del tecomate son tan marcadas como las semejanzas, y cada sitio ofrece indicios de un proceso de adaptación a las condiciones puramente locales. La impresión global es la de una relación familiar generalizada, quizás con contactos esporádicos pero sin interacción sistemática ni migración. La mejor prueba sobre la difusión a larga distancia es la de la cerámica temperada con fibra vegetal y los montículos anulares desde Colombia hasta el Sudeste de los Estados Unidos (Bullen y Stoltman, 1972) pero tal desplazamiento, si es que alguna vez sucedió, pasó sin tocar el Istmo.

Contactos colombo-ístmicos hacia la época de Cristo: el sitio Momil

En todo análisis de las relaciones entre el Istmo y Colombia es preciso tomar en consideración el sitio Momil, una aldea grande a orillas de un meandro del bajo Sinú (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1956). Básicamente, la secuencia parece demostrar que hubo una transición de una cultura local basada en la mandioca (Momil I) a una cultura basada en el cultivo del maíz (Momil II), en cuyos artefactos se aprecia una fuerte influencia de Mesoamérica y el Istmo. Varias culturas de la parte atlántica de Costa Rica han sido vinculadas con Momil (Snarskis, com. pers.), y el sitio ha llegado a ocupar un lugar central en casi todos los estudios del formativo tardío en Colombia.

Momil I era una aldea sedentaria con una orientación sustancial hacia la laguna. La cerámica de este sitio representa una ruptura total con la vieja tradición del tecomate. Las formas nuevas son principalmente de tipo compuesto: tazas y jarras aquilladas, jarras de borde evertido y ollas

de cuello saliente. Muchas de las antiguas técnicas decorativas como la incisión, el estampado, el punteado y ruleteado aún persisten, aunque los dibujos son nuevos. Esta tradición básica de incisiones y estampados era modificada ocasionalmente con ciertas innovaciones: pintura roja sobre blanca, y pintura simple en negativo en la fase 1b; posteriormente, en la fase 1c, pintura bicroma (negro sobre blanco, negro sobre rojo) y también policroma (negro y rojo sobre blanco). Entre los artefactos pequeños hay figurinas, sellos planos y pendientes alados como los mencionados en la sección titulada "Primera cerámica pintada".

Momil II está separado del material subyacente por medio de una capa delgada de arena estéril. No hay ningún cambio importante en la fauna, pero el equipo para procesar la mandioca desaparece y es reemplazado por manos y metates. También hay formas nuevas de alfarería -trípodes con patas sólidas o huecas, tazones con biseles en la base o el medio, adornos zoomorfos, soportes mamiformes y pitos en forma de pájaro. Todos estos rasgos, y también las figuras huecas y los sellos cilíndricos, aunque están presentes en varias culturas del Istmo y Mesoamérica, no tienen antecedentes manifiestos en Colombia. En cuanto a la decoración, muchas de las modalidades viejas persisten, aunque hay algunas nuevas. La verdadera técnica de "rocker-stamping" es exclusiva del período temprano de Momil II; también es exclusiva de la fase II la decoración bicroma zonificada con zonas de incisión o de estampado dentado demarcado por incisiones.

Al reunir toda esta evidencia, los excavadores propusieron que Momil II representaba algo nuevo y exótico dentro del área. Reichel-Dolmatoff (1965a: 74) dice que parece que el maíz, junto con una serie de formas nuevas de cerámica, fue introducido en este nivel del tiempo desde Mesoamérica, siendo ya un complejo completamente desarrollado. Si esto es correcto, es el único caso claro de intrusión mesoamericana en toda la historia del Caribe colombiano.



Infortunadamente, la mayor parte de la evidencia es circunstancial. Bischof (1966: 484) habla de un hallazgo de tuestos tipo Momil en la superficie del conchero de Bocachica cerca de Cartagena, provenientes probablemente de una ocupación posterior a Barlovento. Esto sugiere que Momil comenzó algún tiempo después del año 1000 a. de J. C. o quizás mucho después, en cuyo caso es necesario desechar la fecha muy temprana propuesta por Foster y Lathrap (1979). Hay dos fechas de C^{14} que se refieren a Momil Ib hacia la mitad del primer periodo: 200 ± 60 a. de J. C. (TK-131) y 175 ± 35 a. de J. C. (GrN-6908) (Reichel-Dolmatoff, 1974). Aunque es preciso reconocer la incertidumbre de los fechados de las conchas, estos parecen ser correctos. Con base en paralelos tipológicos de Momil II, podemos suponer que el límite entre I y II corresponde aproximadamente a la época de Cristo, suposición que coincidiría con la evidencia del Estorbo en Urabá (véase la sección sobre Estorbo) y de Potrero Marusa en la cuenca del San Jorge (véase la sección sobre "Cupica y la conexión del Pacífico").

Es satisfactorio ver que estas fechas correspondientes a Colombia encajan con la cronología independiente establecida para la parte atlántica de Costa Rica. El complejo Montaña, con sus budares y las fechas aportadas por el por C^{14} , las cuales oscilan entre el 550 ± 60 y el 280 ± 60 a. de J. C., se ajusta, como debería, al horizonte de la mandioca de Momil I, mientras que El Bosque (con cultivo de maíz y similitudes con Momil II), tiene una fecha que va entre el 100 a. de J. C. y el 500 A. C. (Snarskis, com. pers.). Todo esto hace que sea plausible la suposición de que hubo contactos entre Colombia y el Istmo a lo largo del litoral Atlántico, aunque los paralelos en materia de estilos sean generales y no específicos.

Primera cerámica pintada, desde Venezuela hasta Panamá

Los Reichel-Dolmatoff (1951), a lo largo de los brazos intermedios del río Ranchería, casi en la frontera con Venezuela, descubrieron una serie de aldeas agrícolas en la que actualmente es una zona árida, totalmente inadecuada para la agricultura. Las primeras dos etapas de la secuencia de Ranchería, los períodos Loma y Horno, forman un continuo que se ha denominado el Primer Horizonte Pintado, caracterizado por pintura bicroma y policroma.

Los dibujos son rojos y/o negros sobre una franja color crema y los motivos son principalmente curvilíneos: líneas onduladas, dibujos sigmoides, en forma de peine, y dibujos con trazos fuertes que forman espirales y remolinos compuestos por líneas delgadas y paralelas. Las vasijas son de formas más variadas que aquellas del período Tecomate y entre ellas hay formas compuestas (bases de pedestal, tazones con pies pequeños) y también platos pandos que pudieron haber sido usados como planchas para asar la mandioca o como tuestos para asar la arepa de maíz. Las figuras son huecas, con rostros naturalistas y piernas abultadas.

Es difícil establecer la cronología exacta del Primer Horizonte Pintado. En el conchero de La Pitia, en el golfo de Venezuela, no cabe duda de que la Gase Hokomo es una manifestación, en una zona costera

y con lagunas del Primer Horizonte Pintado (Gallagher, 1976). El excavador calculó que el comienzo de la fase Hokomo pudo haberse producido hacia el año 1000 a. de J. C., fecha que parecería demasiado temprana dada la fecha de C^{14} correspondiente al año de 70 ± 110 a. de J. C. (Y-855) para un nivel que se encuentra a un tercio del camino en la ocupación Hokomo. En Colombia, para una etapa temprana del período Horno hay una fecha de 585 ± 75 A. C. (Beta-4842) (Gerardo Ardila, comunicación personal), y en ciertas vasijas de la tumba Nahuange, ubicada por Bischof (1969a; 1969b) en el siglo VI o VII después de Cristo, aparecen decoraciones del Primer Horizonte Pintado.

Con base en esta cronología, el Primer Horizonte Pintado coincidiría en términos generales con Momil y con la primera cerámica pintada de Panamá. Tal como señala Cooke (1976b: 96), en Isla Carranza, en el Darién (con una fecha de 70 ± 155 a. de J. C.) y en La India 1, en Tonosí (20 ± 100 A. C.), la pintura aparece tímidamente dentro del contexto de estilos en los cuales predominaba la decoración plástica. Lo mismo sucede en Momil y quizás también en Taboguilla-1, en las islas Perlas (Stirling y Stirling, 1964).

Desde el punto de vista de estilo, la cerámica del Primer Horizonte Pintado pertenece más a Venezuela que a Colombia, pero también tiene sus paralelos con culturas del Occidente. Hay que admitir que estas semejanzas son más generales que específicas. Entre las semejanzas se cuentan la pintura bicroma y policroma, las vasijas de pies pequeños y de trípode, las figuras huecas y quizás también el conocimiento de la pintura en negativo. Hay también un artefacto, la forma más simple de pendiente alado, el cual aparece más o menos simultáneamente en toda esta área. En Panamá, esta forma se encontró en el río Tabasera con una fecha de C^{14} correspondiente al 95 ± 45 a. de J. C., y también en la fase El Indio de Tonosí (Ichon 1980: Fig. 56); en Momil, estas piezas se encuentran en los niveles 9, 10 y 12, y coinciden aproximadamente con las fechas del C^{14} correspondientes al siglo II antes de nuestra era (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1956); en El Horno, en Ranchería, se encontró un pendiente (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1951, láminas 24, 6); en Venezuela, los hallazgos más antiguos son de un entierro en Las Locas (estado de Lara) con cerámica de la serie tocuyanoides y una fecha ubicada aproximadamente en el siglo II de nuestra era (Perera, 1979: 90-93).

En lo que se refiere a la cerámica pintada, no existe unanimidad acerca de la manera y la dirección en que se difundió -si es que lo hizo-. Coe (1962b) propuso una difusión gradual desde Venezuela hasta Mesoamérica. Reichel-Dolmatoff (1965a: 120) sugirió todo lo contrario:

Los estilos policromos de La Loma y El Horno probablemente se derivan en parte de Momil, pero hay semejanzas muy grandes con la cerámica policroma de Panamá, especialmente con el complejo de Coclé. Aunque hay evidencia a favor de una difusión en dirección Oeste-Este desde Panamá, pasando por el Norte de Colombia hasta el Occidente de Venezuela, no hay que desechar la posibilidad de que esta forma de cerámica se haya difundido a través de la navegación costanera.

Han pasado más de 15 años y la controversia no se ha dilucidado aún, aunque la evidencia parece sustentar el punto de vista de Coe. Con

el descubrimiento del estilo de Caño del Oso en los llanos, puede decirse que las técnicas de pintura existían en Venezuela hacia el año 1000 a. de J. C. (Zucchi, 1972). Tal parece que estas técnicas (aunque no los dibujos) se difundieron desde los llanos hasta el Noroeste de Venezuela, en donde Tocuyano tiene una fecha de 230 ± 300 a. de J. C. (M-257). Gallagher (1976) plantea una hipótesis bastante aceptable acerca de la difusión de la pintura policroma y de ciertos motivos desde esa área hasta Ranchería, pasando por La Pitia.

Al Occidente de Ranchería, el caso es menos claro, aunque las semejanzas entre la cerámica del Primer Horizonte Pintado colombiano y las primeras cerámicas bicromas y policromas de Panamá son lo suficientemente grandes como para merecer un estudio más a fondo. En las ilustraciones en blanco y negro (en las cuales se hace caso omiso de las formas de las vasijas y el valor de los colores) hay una similitud marcada de familia entre los fragmentos pintados de Ranchería y los de Taboguilla-1 y también con los del grupo Aristide del período IV en las provincias centrales de Panamá. Estos estilos tempranos solamente tienen ornamentos geométricos y en ellas no aparece la iconografía Conte. La semejanza entre estos estilos se aprecia en una preferencia por dibujos rectilíneos y en espiral compuestos por bandas de líneas paralelas, haces de líneas rectas, paralelas y cortas, y una tendencia a dejar burbujas de espacio abierto dentro del diseño.

Dos de los motivos comunes son bastante específicos y proyectan el vínculo hasta el período V. El zigzag sigmoide (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1951, láminas 8, 146) ocurre esporádicamente en los policromos Tonosí del período IV (Ichon 1980, placa 32) y en policromos del período V en las tumbas 4 y 13 de Sitio Conte (Lothrop, 1942: Figs. 110, 311h). El paralelo más interesante de todos -tan exacto que es difícil que se trate de una casualidad- es el dibujo de "un peine sigmoide en volutas" que aparece en una jarra efigie de la tumba 32 en Sitio Conte (Lothrop, 1942: Fig. 122). Se trata de una de las tumbas más antiguas de Sitio Conte, cuya fecha se remonta al 450-500 A. C. El dibujo en forma de peine se repite con frecuencia en La Pitia y en Ranchería, pero es un hallazgo raro en Sitio Conte. En este caso, la difusión pudo haber ocurrido únicamente desde Colombia hacia Panamá.

En resumen, tal parece que durante los siglos inmediatamente anteriores y posteriores al siglo I de nuestra era, se movieron por Colombia y el Istmo una serie de rasgos (pendientes con alas, pintura en cerámica, ciertos motivos de dibujo y un conocimiento de metalurgia). Si la cerámica pintada se difundió desde Colombia hacia Panamá (y, en mi opinión, tal cosa no ha sido demostrada), las técnicas se adaptaron rápidamente a los gustos decorativos de los habitantes de Panamá. La evidencia relativa a la metalurgia, analizada en la sección siguiente, viene a reforzar la opinión de que Panamá recibió más de lo que aportó durante estos siglos.

Metalurgia

En el caso del trabajo en metal, la arqueología demuestra una difusión clara en dirección Norte, comenzando en el Perú durante el segundo milenio a. de J. C. hasta llegar finalmente a México entre los años 700 y 900 de la era cristiana. En Colombia, el metal fechable más antiguo (Bouchard, 1979) es el hilo de oro martillado de Inguapi, Tumaco, 325 ± 85 a. de J. C. (Ny-642), y hay evidencia (Duque Gómez, 1964: 409) de trabajo fundido en San Agustín alrededor de la época de Cristo, 10 ± 50 a. de J. C. (GrN-4205). Más al Norte, a lo largo del litoral Caribe y en Panamá, los objetos metálicos más antiguos pertenecen a los primeros siglos de la era cristiana. En vista de esta difusión en dirección Sur-Norte, no cabe duda de que la tecnología del metal llegó al Istmo desde Colombia.

Los primeros objetos metálicos encontrados en Panamá provienen de las provincias centrales y pueden ubicarse uno o dos siglos antes de la fecha del cementerio de Sitio Conte. Una de las asociaciones más claras es la de la tumba del siglo V de Rancho Sancho de la Isla, en donde se encontraron cinceles de tumbaga al lado de vasijas policromas tipo Montevideo (Dade, 1960). Los ornamentos hallados en Las Huacas (Brizuela, 1972a) también corresponden al siglo V, como también pueden encajar dentro de esta fecha los ornamentos de los sitios de Tonosí de la etapa terminal de la fase El Indio (Ichon, 1980: Fig. 56).

Estas clases antiguas de ornamentos (pendientes de espiral doble, animales de todo tipo, águilas de dos cabezas) no reflejan para nada la compleja iconografía de los estilos posteriores del Istmo. En efecto, son puramente colombianos en espíritu y numéricamente son más comunes en el interior de la costa Caribe, aunque normalmente no se encuentran dentro de un contexto fechable. Las espirales dobles son más comunes en el territorio Tairona, aunque se han encontrado algunas en el Sinú (Bray, 1978b: 174; Falchetti, comunicación personal). Desde Panamá, esta forma pasó a Costa Rica en donde ocurre (identificada equivocadamente como ecuatoriana) con un pájaro Coclé en Guácimo (Stone y Balser, 1965). Las águilas simples de dos cabezas tienen una distribución semejante, con hallazgos sin asociación en Costa Rica, Panamá, el Sinú (Falchetti, 1976: Fig. 70) y el valle del Cauca (Bray, 1978b: 198). Lo mismo sucede con las diversas formas de animales.

Una vez llegado al Istmo el conocimiento técnico, surgió toda una serie de estilos metalúrgicos locales a los cuales se incorporaron las ideologías regionales y los dibujos y la iconografía de los estilos de la alfarería local (Cooke, 1984, Bray, 1981).

A partir de ese momento, Colombia y el Istmo constituyen una sola provincia tecnológica, en la cual hay preferencia por la joyería fundida y el trabajo virtuoso en filigrana falsa. La imitación era cosa corriente y existía un intercambio floreciente en todas direcciones. Los ornamentos Sinú de filigrana falsa para las orejas, y las ranas Tairona, llegaron hasta Costa Rica, lugar donde también se imitaron los tunjos Muisca, y en el túmulo de Ayapel (Sinú) ocurren pectorales estilo Diquis con repujados cónicos (Falchetti, 1976: Fig. 23). Los llamados colgantes Darién,



concentrados en mayor número en el Sinú, fueron imitados en Panamá y Costa Rica, y las imitaciones llegaron incluso hasta Chichén Itzá (Falchetti, 1979). Los pendientes istmicos en forma de figura humana semidesnuda, abundantes en Costa Rica y Panamá, muestran influencia evidente del estilo Quimbaya del valle del Cauca colombiano (Bray, 1981). En la dirección opuesta, algunas piezas Coclé llegaron hasta el Sinú (Bruhns, s.f.) y un pendiente istmico en forma de rana viajó hasta Armenia, en el Quindío (Museo del Oro No. 10.491). En algunos casos es tan grande el cruce de estilos que no es posible atribuir los objetos a un determinado centro de fabricación. Esto sucede principalmente con algunas categorías cuya distribución abarca desde Panamá hasta el Caribe colombiano: animales de cola enroscada, cocodrilos y figuras humanas con adornos retorcidos en la cabeza (Falchetti, 1976: Figs. 10-21; Bray, 1978b, Nos. 227-229).

Este intercambio floreciente de artículos pequeños, portátiles y valiosos se refleja apenas levemente en la cerámica y estoy convencido de que la información proporcionada por la cerámica está muy lejos de representar la cantidad de contacto interregional que existió en todo momento.

El vacío atribuido al "tapón del Darién" no se debe tanto a factores geográficos sino a un muestreo inadecuado. Como hemos visto, en las crónicas del siglo XVI el golfo de Urabá aparece como un centro importante de redistribución de oro bruto y joyería de todas las zonas circundantes. La evidencia presentada aquí muestra que el patrón idéntico se remonta aproximadamente a mil años antes.

Entonces, ¿dónde está el estilo metalúrgico faltante del Darién, el cual debería llenar el vacío entre Colombia y el centro de Panamá? Están

las narigueras del CHO-3 (Cooke, 1976a), un casco repujado al estilo Quimbaya-Sinú-Coclé del río Chucunaque (Lothrop, 1937: 137), y los objetos de oro de Playa Venado -lo cual no constituye evidencia suficiente para respaldar la evidencia documental-.

La clave puede estar en Playa Venado. Por estar situada en la frontera entre el Oriente y el Occidente de Panamá, tiene cerámica de ambas regiones. La mayor parte de la cerámica corresponde al siglo V, con algunas proyecciones hacia siglos anteriores y posteriores. De los 30 elementos de oro provenientes de Playa Venado, solamente uno tiene decoración figurativa Coclé. Entre los otros se cuentan un colgante Darién, tres juegos de animales múltiples y nueve objetos (ranas, narigueras, uno zoomorfo, dos piezas en forma de colmillo) fundidos en molde abierto, en filigrana falsa en espiral (Helms, 1979: Figs. 10, 12b). En este estilo de trabajo de molde abierto hay unos cuantos objetos esporádicos provenientes de puntos ubicados más al Norte, pero en ningún otro sitio (incluyendo Sitio Conte) se ha encontrado una cantidad parecida de orfebrería de molde abierto. De tener que identificar con el tiempo un estilo de orfebrería propio del Darién, este grupo trabajado en molde abierto sería por ahora el mejor candidato. En lo que se refiere a las etapas más recientes, en las colecciones privadas del Darién parecen abundar objetos metálicos del estilo terminal (es decir, posterior a Sitio Conte) de las provincias centrales.

La franja Sur del Darién: Estorbo y Cupica

La frontera entre Panamá y Colombia es una creación artificial y no debe tomarse en cuenta al estudiar el período prehistórico. La selva húmeda del Darién se extiende sin interrupción a lo largo de la costa Pacífica hasta el Chocó colombiano y también a lo largo del litoral Caribe hasta más allá del Oriente de Urabá. En el siglo XVI, a ambos lados de la frontera se hablaban lenguas de la familia Chibcha, y Sauer (1966: 238) está a favor de la existencia de una provincia cultural y lingüística macrocueva que pudo haberse extendido desde Panamá, pasando por la cuenca del Atrato y penetrando a los Andes hasta Dabeiba. Esta frontera Sur en el Noroeste colombiano era un límite inestable y fluctuante en el siglo XVI, y aún está por determinarse la relación exacta entre los grupos Cuna, Cueva, Chocó y Caribe que habitaban esa área (Isacsson, 1980). Por el momento, no conviene marcar las colecciones arqueológicas con etiquetas étnicas. La diferenciación que sí parece ser válida es aquella que existe entre las costas Occidental y Oriental (¿Caribe?) del golfo de Urabá, en donde los descubrimientos arqueológicos recientes corroboran la evidencia etnohistórica.

Estorbo

En el Oriente de Urabá, los estudios se han concentrado en una serie de concheros de la costa del golfo cerca de Turbo y Necoclí (GIAP, 1979, 1980) y a lo largo de la costa hasta Arboletes (Santos, Román y Otero de Santos, 1980). En esta zona se ha identificado un solo complejo al cual

se le ha dado el nombre de Estorbo, por un grupo de basurales de conchas del municipio de Turbo. Todavía no se conoce la versión interior de esta cultura costanera y aún no se ha encontrado ningún material arqueológico que concuerde con las descripciones de los cronistas en las cuales se habla de aldeas agrícolas y de los ricos caciques que habitaban en Urabá en 1502-1506, con sus maizales y sus cajas llenas de hachas, tambores y máscaras de oro.

La estratigrafía más importante es la del sitio tipo de El Estorbo. En la base aparece un basural de conchas enterrado a mucha profundidad, con fragmentos de cerámica y herramientas de piedra. Por encima hay casi un metro de arcilla amarilla estéril, la cual corresponde a un período de sedimentación aluvial que pudo tener una duración de mil años (GIAP, 1979). Encima de esta capa hay otro basural de conchas (fase I de Estorbo) en el cual se han identificado cuatro fechas a partir del C¹⁴, las cuales van desde el 350 ± 95 a. de J. C. hasta el 420 ± 130 A. C. Los excavadores piensan que la cultura de Estorbo I, con su economía basada en la mandioca, pudo haber terminado hacia el 750 A. C. Directamente encima de este basural de conchas hay un estrato de tierra negra orgánica (fase II de Estorbo) en la cual no hay conchas pero sí fragmentos de cerámica, herramientas de piedra y huesos de animales. El polen de maíz aparece en esta fase (véase la sección titulada "La mandioca, el maíz y el comienzo de la agricultura en el Caribe"), y la cerámica derivada del período anterior, aunque no hay budares para procesar la mandioca. A pesar de no contar con fechas de C¹⁴, se cree que Estorbo II refleja la historia y la tradición de la cerámica hasta la época de la Conquista.

En el inventario de la cerámica se aprecian pocas semejanzas con Momil, razón por la cual las dos fechas más antiguas de Estorbo son cuestionables. Ninguna de las comparaciones es anterior a Momil Ib y los rasgos mesoamericanos, tan marcados en Momil II, prácticamente no existen en la cerámica correspondiente de Urabá.

Por su parte, el material hallado en Estorbo I tiene gran relación con la fase Tierra Alta del Sinú y, por serie, corresponde a un período algo posterior a la época en que fue abandonado el sitio Momil. Hay semejanzas de tipo general (entierros en urnas, ralladores) pero también bastante específicas: las figuras huecas, los ornamentos plásticos en espiral combinados con rostros modelados, bases de pedestal con calados y varios motivos decorativos -arcos concéntricos con bordes punteados, hileras excisas o estampado triangular en los bordes, cordones con muescas en la unión del cuello con el hombro y triángulos de doble contorno rellenos con punteado-.

Sucede que dentro del contexto de la totalidad de Colombia, el verdadero estilo internacional no es Momil sino Tierra Alta. A este respecto, Bischof (1969b: 292) ha propuesto que existe una misma serie de cerámica que se extiende por todas las tierras bajas desde el Magdalena hasta Panamá. Dicha cerámica tiene las siguientes características: platos pandos, ralladores, bases anulares, pedestales de pies recortados, urnas funerarias (en las etapas tardías) y también diversas modalidades decorativas. Además de Estorbo, las culturas que componen esta serie son la Malambo tardía (Angulo, 1962) y el complejo Crespo, según lo

demuestran los hallazgos de aldeas costaneras y sitios de campamento en todo el territorio que se extiende desde el Magdalena hasta Urabá (Dussan de Reichel, 1954), los estilos de Tierra Alta y Ciénaga de Oro en el Sinú (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1957) y gran cantidad de material reunido por Linné (1929) en el Occidente de Urabá y la costa Pacífica del Darién. La presencia de cerámica de Urabá en Crespo, con una fecha de C^{14} correspondiente al 1290 ± 80 A. C. (Y-1316), podría confirmar la duración prolongada de Estorbo.

La extensión lógica de esta ruta es hacia el Norte por la Costa caribe hasta Panamá, a donde, según Drolet (1980), el maíz llegó desde Colombia por la época de Cristo. Como hemos visto, en el mejor de los casos, la evidencia botánica es dudosa, y la cerámica de Drolet no presenta indicio alguno de la complejidad de la alfarería contemporánea de Urabá. Lo único que permite demostrar de manera concluyente la conexión a lo largo del litoral Caribe es el hallazgo en Panamá de utensilios pintados de cerámica (cuyo tipo no se ha especificado) provenientes de la costa colombiana cerca de Tolú (Reichel-Dolmatoff, 1951: 20).

Cupica y la conexión del Pacífico

Aunque no hay claridad arqueológica acerca de la composición étnica de esta zona (Isacson 1980), no cabe duda de que, en el Pacífico, el Darién formó una sola provincia cultural, a más tardar desde la época de Cristo hasta la Conquista. La frontera Norte de esta provincia coincide con el límite del lenguaje Cueva cerca de Chamé, al Occidente del canal de Panamá, y el límite Sur se ubica en cercanías de Bahía Solano, en el Chocó colombiano.

Una de las pocas estratigrafías de toda esta provincia se encuentra cerca del límite Sur, en la bahía de Cupica. Linne (1929) excavó 27 tumbas en esta localidad y, en 1961, los Reichel-Dolmatoff exploraron un montículo funerario construido a base de estratos intercalados de entierros y rellenos acumulados durante un período considerablemente largo (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1961). La estratigrafía de Cupica no solamente coincide con sitios y estilos de la costa Caribe sino que también sirve para verificar, de manera independiente, la secuencia propuesta por Cooke (1976a) para el Darién panameño.

En los entierros más profundos (Cupica I) hay tazones aquillados, copas de pedestal y ollas de cuellos doblados hacia afuera, decoradas a base de incisiones, hileras punteadas y estampados con conchas dentadas. Aunque forman parte del repertorio usual del Darién, estos dibujos pueden compararse en términos generales con los de Momil y Ciénaga de Oro. En el mismo depósito hay también fragmentos de cerámica carmelita incisa con relieve idéntica a la de Panamá Viejo y Playa Venado, Utiwe, islas Perlas, CHO-3 y otros sitios más de las tierras bajas del Pacífico en el Oriente de Panamá. Esta cerámica, por otra parte, solamente aparece una vez en el talud Atlántico, a donde pudo haber llegado desde el Pacífico (Drolet, 1980: 222-227). Según Reichel-Dolmatoff (1962), la fecha del C^{14} del relleno que cubre este estrato funerario inferior corresponde al año

1227 ± 100 A. C. (M-1313). Ya que esto no coincide con el resto de la evidencia estratigráfica, podría desecharse por ser demasiado reciente.

Los entierros intermedios (Cupica III) contienen vasijas bicromas zonificadas (Cupica Roja Fina) y también algunas vasijas cuyas decoraciones incisas tienen relación con Tierra Alta del Sinú. La cerámica bicroma zonificada también es de las que aparece distribuida desde un extremo del Darién al otro, aunque solamente en el litoral Pacífico (Cooke, 1976a; Drolet, 1980: 221-222). El motivo del triángulo punteado de la cerámica bicroma zonificada se repite en la cerámica monocroma del complejo de Estorbo y en el grupo de estilos relacionados con él. En el relleno que cubría estos entierros intermedios se encontraron fragmentos con una versión de la decoración panameña típica de la cerámica carmelita incisa con relieve (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1961: láminas X, 9-11).

Los entierros superiores (Cupica IV) contienen policromos estilo Macaracas provenientes de Coclé, al lado de cerámica local decorada con tallas profundas, relacionada con la de Betancí, la fase más reciente del Sinú. Al igual que las otras cerámicas diagnósticas, estas policromas están diseminadas por toda la provincia y aparecen en islas Perlas, CHO-3 y El Tigre. La mayor parte de la cerámica encontrada por Linné (1929: 176-190) en las tumbas de foso rectangular de La Recasa corresponde al tipo local de Cupica IV, y más al Norte, en Garachiné, Jaqué y Punta Patiño, se descubrió también un material semejante (McGimsey, 1964). Los sitios abundan en todas las zonas donde se han buscado, y algunos de estos asentamientos son lo suficientemente grandes como para recibir el nombre de poblados (Sauer, 1966: 174; Linné, 1929: 157). La idea de una densa población prehispánica en las cuencas del Bayano y del Chucunaque-Tuira ya no parece traída de los cabellos (Cooke, 1976c: 33).

Dentro del contexto panameño, los estilos de cerámica de Cupica aparecen en su orden relativo correcto y su correlación con los estilos de Urabá y del Caribe colombiano hasta Cartagena también es bastante correcta. En la costa Pacífica hubo contactos permanentes y sustanciales durante cerca de 900 años. En vista de la presencia en islas Perlas de casi todos los tipos importantes de cerámica con los cuales se comerciaba, y de la orfebrería Coclé, es factible pensar que buena parte de este intercambio tuvo lugar por mar. En la parte Atlántica del Darién no se puede reconocer mucho de este internacionalismo, aunque está claro que hubo contactos a través de la división. Las ideas y los productos parecen haberse difundido en todas las direcciones y, dentro de este proceso, el arte con motivos animales de Coclé influyó sobre ciertos diseños de la cerámica carmelita incisa con relieve, mientras que el Darién pudo haber sido el intermediario a través del cual llegó al centro de Panamá la metalurgia colombiana. La región comprendida entre Chamé y Cupica comienza a perfilarse como una importante zona cultural por derecho propio y no se la puede considerar únicamente como zona de separación entre los cacicazgos de Coclé y Colombia.

Los cacicazgos del Caribe colombiano, 500-1500 A. C.

En esta sección no me referiré principalmente a los tipos y estilos de cerámica sino a los aspectos relacionados con la organización. Mi objetivo es establecer tres puntos: a) que en los registros arqueológicos aparece, por la misma época (antes del año 500 de nuestra era) en el Istmo y en Colombia, un nivel semejante de organización, convencionalmente llamado cacicazgo; b) que los patrones políticos, culturales y comerciales descritos por los cronistas españoles se remontan hasta ese período; c) que las áreas culturales reconocibles hacia el año 500 de nuestra era seguían siendo entidades claramente diferenciables en la época de la Conquista. Estas áreas culturales son los eslabones de la cadena que he adoptado como modelo.

Desde el punto de vista arqueológico, un cacicazgo debe tener varias de las siguientes características: a) una población relativamente grande, basada en un sistema agrícola eficiente; b) una jerarquía de asentamientos; c) actividades políticas y rituales organizadas, las cuales pueden aparecer reflejadas en la arquitectura y la iconografía; d) una estratificación social dentro de la cual la elite dominante disfrutaba una gran parte de los artículos de lujo representativos de su alta posición, fabricados por los artesanos especializados, e) un consumo llamativo en la vida y, por encima de todo, en la muerte, con entierros lujosos para los personajes importantes.

En todo el territorio del Istmo y del Caribe colombiano se comienzan a reconocer elementos de este patrón desde los primeros siglos de la era cristiana. Este progreso hacia un nivel de mayor complejidad parece relacionarse en parte con la expansión del cultivo del maíz a expensas de los cultivos de raíces comestibles dentro del contexto de una economía mixta, aunque no pretendo sugerir que esta haya sido la única razón del cambio. Desde el punto de vista económico, para que los cacicazgos subsistieran necesitaban excedentes de alimentos que pudiesen almacenar, parte de los cuales se reincorporaban al sistema por medio de las fiestas y las libaciones ceremoniales. A este respecto, Linares, Sheets y Rosenthal (1975) anotan la presencia de grandes jarras para la chicha en las tumbas panameñas de Barriles y concluyen que "cualquiera que haya sido su función y significado concretos, en la escultura de Barriles se asocian los símbolos de rango y los atributos de guerra con el cultivo del maíz". Ya hemos resumido la evidencia arqueológica que habla del reemplazo de la mandioca por el maíz en Colombia. Aquí me referiré únicamente a las consecuencias ecológicas y sociales dentro del panorama del Norte de Colombia.

La mandioca es una planta perenne y es a partir de un año completo de crecimiento que comienza a producir la mayor cantidad de almidón. Si bien puede sobrevivir en suelos secos, ácidos y escasos en nutrientes, sus raíces no soportan el exceso de agua, y dos semanas de inundación pueden destruir todo un cultivo. Los experimentos han demostrado que la producción de almidón no mejora cuando la planta se cultiva en suelos más fértiles (Roosevelt, 1980: 44, 112). Por lo tanto, en las zonas aluviales bajas, inundadas buena parte del año, la mandioca no

puede competir con los cultivos de semilla en lo que se refiere a la eficiencia de la explotación.

Comparado con la mandioca, el maíz proporciona una dieta más rica en proteínas vegetales (especialmente cuando se le combina con el frijol), pero también necesita más nutrientes. No obstante, el maíz es el cultivo ideal para los terrenos aluviales. Algunas variedades, como el "maíz de dos meses" del Orinoco, producen en tan sólo 60 días y se prestan bien al cultivo en suelos que permanecen inundados la mayor parte del año. Además, los sedimentos provenientes de los Andes poseen las propiedades químicas adecuadas para el cultivo del maíz -pH neutro y proporciones adecuadas de nitrógeno, fósforo, potasio y microelementos- (Roosevelt, 1980: 155). Estos sedimentos se reponen anualmente y pueden soportar un alto grado de extracción de nutrientes.

Todos estos argumentos nos permiten pensar que una vez que se desarrollaron las variedades adecuadas del maíz y las técnicas apropiadas de cultivo, pudieron haber surgido algunos de los cacicazgos más poderosos y densamente poblados en los terrenos aluviales de los grandes ríos: el Magdalena y sus tributarios, las cuencas del Sinú y el San Jorge, y lo que hoy constituye la zona bananera en el sur de Urabá.

Esta hipótesis parece encajar dentro del caso colombiano. Algunas fuentes etnohistóricas (por ejemplo, Latorre, 1919: 20-21) confirman que el maíz era, en efecto, un cultivo importante en la depresión Momposina, aunque allí no desplazó a la mandioca.

Desde el punto de vista arqueológico, en las tierras bajas del Caribe al Oriente de Urabá podemos distinguir tres áreas culturales importantes, cada una de ellas con una larga tradición en el campo de la cerámica, las costumbres funerarias y los artefactos. Estas áreas culturales no son entidades políticas. Al igual que sus contrapartes de Panamá (Helms, 1979; Cooke, 1984), cada una de ellas estaba compuesta por varios cacicazgos los cuales, en el momento de la Conquista, competían activamente entre sí.

El San Jorge y el Sinú

Esta área comprende las tres provincias estrechamente relacionadas que se describen en las crónicas españolas: Fincenú (cuenca del Sinú), Pancenú (cuenca del San Jorge) y la zona aurífera de Cenufana (bajo Cauca y río Nechi). En el siglo XVI preveían en ellas todas las características clásicas de los cacicazgos, y Plazas y Falchetti han demostrado en sus estudios que este patrón tiene continuidad y se prolonga en el tiempo.

Desde el decenio de los sesenta, la cuenca del San Jorge se ha hecho famosa por sus grandes zonas cultivadas, las cuales abarcan cerca de 500.000 hectáreas de tierra de inundación estacional (Parsons y Bowen, 1966; Plazas y Falchetti, 1981). A lo largo del caño Carate se han observado hasta cuatro paleosuelos separados por bandas de aluvión, lo cual indica que fueron utilizados durante un período prolongado, con varios episodios de inestabilidad de los suelos. Encima de los camellones originales se han depositado más de dos metros de limo fluvial y hay

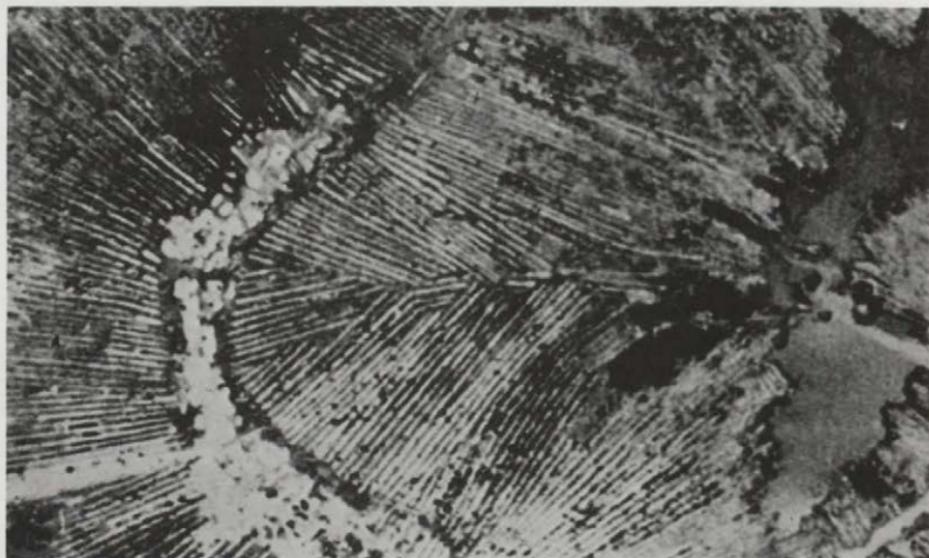
quienes sugieren que una de las razones para haber abandonado la zona pudo haber sido el exceso de sedimentación (Shlemon y Parsons, 1977; Parsons, 1978). Las fechas del C^{14} de las superficies de cultivo sepultadas sugieren que la región fue abandonada antes del siglo XII (Shlemon y Parsons, 1977) y que los campos se explotaron desde el siglo VIII a. de J. C).

La información que brindan los fosfatos contenidos en esos estratos confirma que son antropoles, lo cual indica que hubo una explotación agrícola bastante intensiva, con cifras comparables a las de los cultivos modernos de mandioca (Plazas y Falchetti, 1981; Eidt, comunicación personal). Además, Parsons (comunicación personal) ha identificado tentativamente un polen semejante al del maíz proveniente de caño Carate, con lo cual estas tierras del San Jorge entran a coincidir con sus equivalentes de Laguna de los Cocos (Puleston, 1977) y Pulltrouser Swamp en Belice (Mikisicek y Wiseman en Turner et al., 1980).

La escala de estos trabajos públicos es característica de los pueblos grandes y bien organizados. El modelo del cacicazgo sugiere que tuvo que existir una jerarquía de asentamientos, lo cual ha sido corroborado por estudios arqueológicos recientes a través de los cuales se han enmarcado los campos cultivados dentro de su contexto más amplio (Plazas, Falchetti y Sáenz, 1979a, 1979b, 1980; Plazas y Falchetti, 1981). Las plataformas de las viviendas se encuentran dispersas por los campos, aisladas o formando grupos pequeños, pero en Potrero Marusa hay un asentamiento más grande y mejor organizado alrededor de un núcleo (el cual podría encajar dentro de la denominación del poblado), con una distribución formal de canales y con cerca de 100 plataformas de viviendas dispuestas en hileras (Plazas y Falchetti, 1981). En algunas de estas plataformas hay túmulos funerarios. Las fechas del C^{14} oscilan entre el 70 ± 90 (Beta-2596) y el 150 ± 70 (Beta-2598). En lo que se refiere a la cerámica, los escavadores describen vínculos con Malambo y con Momil II/Ciénaga de Oro, así como también con la cerámica de la tradición modelada-pintada.

Esta tradición modelada-pintada es la que domina el panorama subsiguiente en la cuenca del San Jorge y está claramente relacionada con los campos cultivados, las plataformas de las viviendas y los túmulos funerarios (Plazas, Falchetti y Sáenz, 1979b, 1980). La cerámica característica es de color crema con apliques y decoraciones modeladas o con dibujos geométricos en pintura roja. Existe una separación evidente entre las vasijas para cocinar y servir y la gama de formas destinadas exclusivamente para uso funerario, entre las cuales se cuentan figuras antropomorfas que llevan joyas al estilo Sinú, definido por Falchetti (1976).

Los entierros se encuentran en túmulos, los cuales se agrupan en cementerios. El tamaño del montículo varía desde muy pequeño hasta muy grande y, en general, las dimensiones son proporcionales a la suntuosidad de las ofrendas funerarias. Un montículo de Ayapel, saqueado en 1919, contenía 91 ornamentos de oro en estilo Sinú puro (Farabee, 1920), y en El Japón, cerca de Cuiva (Plazas y Falchetti, 1979b) se encontraron entierros semejantes de personajes de elevada posición.



Algunos objetos de oro de este estilo característico llegaron a Plato, en el río Magdalena, a la región Tairona y al Istmo (Falchetti, 1976).

El complejo Betancí del río Sinú está estrechamente relacionado con estos desarrollos del valle del San Jorge (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1957). En él se repite el mismo ritual de los entierros en túmulos y también el mismo estilo de orfebrería. Además, la cerámica del San Jorge perteneciente a la tradición modelada-pintada tiene su contraparte en la Betancí modelada-incisa y la Betancí bicroma. Los otros tres tipos Betancí no ocurren en el San Jorge y una de ellas (la Betancí incisa, con excisión profunda) parece más bien tener afinidad con Urabá y Darién al Occidente.

A lo largo del bajo San Jorge, la tradición modelada-pintada llegó a su fin un poco antes del año 1300 A.C. (IAN-124), aunque probablemente no antes del siglo décimo. Los sitios antiguos -y probablemente también los sistemas de campos cultivados- fueron abandonados y el área pasó a ser ocupada por otra gente proveniente del río Magdalena, el cual trajo consigo un patrón de asentamiento diferente y cerámica de la tradición incisa alisada (véase sección siguiente). Río arriba, las costumbres antiguas pudieron haberse prolongado hasta el siglo dieciséis, ya que los españoles describen un cacicazgo floreciente en Yapel (Ayapel), en donde existía un pueblo grande con aldeas satélites, túmulos funerarios y vastos huertos y jardines (Simón, 1882-1892[4]: 56; Castellanos, 1955[3]:

76-77). No se hace referencia alguna a campos cultivados y, desafortunadamente para mi argumento, estos autores insisten en que los indios de Ayapel cultivaban únicamente raíces y no consumían el maíz. En Betancí, una versión de esta cultura de túmulos se prolongó hasta la Conquista y, en sus últimas etapas, se puede comparar con los cacicazgos descritos en las crónicas españolas (Simón, 1882-1892[4]: 25-51; Castellanos, 1955[3]: 59-65; Gordon, 1957). Por último, parece ser que el estilo de orfebrería Sinú continuó empleándose, incluso en la serranía de San Jacinto, en donde siguió existiendo una versión empobrecida, en un territorio invadido por gentes nuevas llegadas del Magdalena (Plazas y Falchetti, comunicación personal).

Los cacicazgos del río Magdalena

Escalante (1955) hace un resumen de las crónicas españolas acerca de esta región, y en él anota que, en el siglo XVI, a pesar de no existir una unidad política, en las tierras bajas del Caribe, desde Cartagena hasta el Magdalena y el río arriba hasta la laguna de Zapatos, se hablaban dialectos mutuamente comprensibles. En esta provincia también se reconoce la forma itismo-caribeña de cacicazgo hacia el año 500 de nuestra era.

Por esa época, en el área de Zambrano había plataformas para viviendas de hasta seis metros de espesor, hechas de una mezcla de tierra y basura doméstica. Unos cuantos siglos después hicieron su aparición las aldeas compactas con cementerios de urnas funerarias (Reichel-Dolmatoff, 1965a: 122-124, 1978). Algunos de estos sitios con cerámica superficial más reciente son grandes y pueden quizás coincidir con los pueblos Malibú mencionados en los recuentos españoles. Entre estos pueblos, Zambrano aparece como centro comercial; en Mompós y Tamalameque habitaban los trabajadores en metal, lo mismo que en Saloa, en donde se han encontrado desechos metalúrgicos y martillos de ofebre (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1953: 15, placa 12).

Para esa época, la balanza del poder se había inclinado hacia los ricos terrenos aluviales del interior, con lo cual la franja costanera entre Cartagena y el Magdalena comenzaba a quedar en la periferia, a pesar de los contactos comerciales con todas las áreas vecinas (Angulo, 1951, 1978).

Al igual que en Panamá, el uso de urnas funerarias se generalizó después del año 900 de nuestra era, aproximadamente. Aunque había diferencias regionales, especialmente en cuanto a los tipos de urnas, toda esta provincia del Magdalena (incluyendo la franja costanera comprendida entre Turbana y Ciénaga Grande) seguía una misma tradición de alfarería, la tradición incisa alisada (Plazas, Falchetti y Sáenz, 1979b). Entre las características de este grupo de cerámica están las vasijas bien hechas, pulidas y algunas veces con engobe rojo, decoradas con motivos incisos, hachurados y punteados, todos ellos lineales, rígidos y un poco carentes de imaginación si se les compara con los dibujos de períodos anteriores.

Esta tradición cerámica parece haberse originado en el valle del bajo Magdalena, aunque no se ha podido precisar una fecha. Todavía no

se ha descrito la primera cerámica del Magdalena y aún no se sabe con claridad cuál es el material que coincide con la fecha del 509 ± 120 (Y-730) determinada a partir del C^{14} en Las Mercedes, cerca de Zambrano (Stuiver, 1969: 632). Al otro extremo de la escala de tiempo, la continuación hasta la Conquista se confirma a través de las fechas del C^{14} de Las Palmas y Guaiquirí y por la presencia de artículos de intercambio de los españoles en la isla de Barrancón (Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1953: 58) y en la serranía de San Jacinto (Plazas y Falchetti, comunicación personal).

Los cacicazos tairona

De las crónicas españolas se desprende que los grupos tairona del siglo XVI poseían una de las culturas más complejas del Caribe americano, con densas poblaciones que derivaban su sustento de una mezcla de cultivos. La organización política correspondía a la del cacicazgo. Las aldeas pequeñas rendían tributo a los poblados más grandes, los cuales eran las capitales de unos miniestados que tenían su propio cacique, respaldado por una clase de nobles y sacerdotes especializados.

Las excavaciones realizadas en los edificios destinados a las ceremonias y también en las casas de familia en Pueblito, dan testimonio de una vida ritual compleja, algunos de cuyos elementos persisten aún hoy entre los koguis de la Sierra Nevada de Santa Marta. Muchas de estas prácticas rituales podrían tener su origen en Mesoamérica:

El contenido de elementos mesoamericanos más grande que se haya registrado hasta ahora se encuentra entre los indios Kogui, una tribu de la Sierra Nevada, aislada, poco aculturizada, cuyo lenguaje pertenece al grupo chibcha y que parece haber continuado con la esencia de la tradición Tairona. Las semejanzas más asombrosas son: énfasis en el "amanecer" en los mitos sobre la creación; creaciones múltiples del universo y la raza humana; el concepto de varios mundos estratificados de difícil acceso; asociación de los colores, las fuerzas de la vida y la muerte y los seres teriomórficos con los cuatro cuartos del mundo; un sitio especial de reposo para quienes mueren durante el parto o ahogados; creencia de que las deidades provienen de los reptiles; dualidad de las deidades (malévolas y benévolas); mono y polimorfismo, y cuadruplicidad de las deidades; el jaguar como encarnación del dios sol; danzantes enmascarados como personificación de la deidad; el nueve como número ritual; el pecado como causa de la enfermedad; la "escoba" y el acto de "barrer" como símbolos del perdón de los pecados; la confesión; la adivinación a través de los espasmos musculares y los golpes en las uñas; un largo período de entrenamiento para los sacerdotes; un sacerdocio muy bien organizado; el perro como guía para llegar al Más Allá; observación atenta de los solsticios y equinoccios y de las señales astronómicas... Parece lógico suponer que no hubo una difusión aislada de determinadas características sino que estos conceptos religiosos y todo lo que los acompaña fueron transmitidos como un complejo. Por lo tanto, podría pensarse que hubo una relación filosófica en el plano religioso y que, en



el caso de los koguis, se aprecia la presencia de un patrón básicamente mesoamericano, el cual ha sobrevivido en una cultura que todavía existe en las montañas de Colombia (Reichel-Dolmatoff, 1965a: 157-158).

Los taironas antiguos son bien conocidos gracias a las publicaciones de Mason (1931-1939), G. Reichel Dolmatoff (1954a, 1954b), Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, (1955) y Bischof (1971). En los últimos años, el interés arqueológico se ha centrado en los estudios de los asentamientos y de las cuestiones ecológicas. Entre 1973 y 1975 se descubrieron más de 200 sitios en todas las altitudes, desde el nivel del mar hasta más allá de los 2.000 metros (Cadavid y Turbay, 1977), y todavía siguen descubriéndose más sitios. La presencia de conchas marinas en los sitios altos y los recuentos históricos acerca del comercio de pescado, sal y oro, indican que existía un control vertical semejante al practicado actualmente por los koguis e ijkas, según el cual cada comunidad tenía acceso a las distintas zonas ecológicas.

Tal como se preveía a partir de la información etnohistórica, los asentamientos tenían su jerarquía. Algunos de los sitios recién descubiertos son pequeños, con algunas casas solamente, pero otros son lo suficientemente grandes como para haber sido capitales de estado. De estos, Buritaca-200, con fechas de C^{14} que corresponden al siglo XIV,

tiene cerca de dos kilómetros cuadrados de cimientos de piedra, terrazas residenciales y agrícolas, tumbas, escaleras, caminos, canales de riego y drenajes (Turbay, 1980; Groot, 1980).

La arqueología confirma nuevamente que los utensilios pequeños y durables viajan más que los grandes y rompibles. La cerámica Tairona llegó hasta las zonas vecinas a las laderas de la Sierra Nevada (Angulo, 1978; Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, 1959), pero los ornamentos de piedra, concha y oro llegaron mucho más lejos -hasta los poblados Muisca y el Sumapaz (Turbay, comunicación personal) y, hacia el Occidente, a través de las tierras bajas del Caribe hasta Tubará, Plato, el Sinú y, con el tiempo, hasta Panamá y Costa Rica. Entre las piezas importadas, la más extraordinaria es una escultura costarricense en piedra encontrada, sin asociación, en quebrada Valencia, en las laderas de la Sierra Nevada (Dussan de Reichel, 1967).

Al definirse la fase Nahuange, la cual es claramente prototairona (Bischof 1969a, 1969b), se pudo determinar cuán extensa en el tiempo es la tradición Tairona. Debajo de los estratos de la fase Tairona tardía se encontró material de la fase Nahuange en el relleno de una terraza de Pueblito, y el aspecto funerario se encuentra representado en el montículo hallado en el sitio Nahuange 1, con su abundancia de ofrendas de cerámica, concha, piedra, resina y metal (Mason, 1931-1939). En el contenido de la tumba principal se aprecia una relación simultánea hacia el pasado y hacia el futuro con las culturas anteriores del área y con los taironas del período histórico. La cerámica pintada tiene dibujos del estilo Horno de Ranchería y una forma (la vasija del tesoro) que se prolonga hasta el período Tairona. En otras vasijas se aprecia una relación con el período Malambo tardío y con Mina de Oro, mientras que en una de las figuras se observa una clara influencia del estilo Quimbaya del valle del Cauca, cuya fecha se ubica entre los años 400 y 1000 de nuestra era (Bray, 1978b: 51). Junto con estos materiales antiguos aparecen ornamentos de piedra y metal, los cuales no tienen diferencia alguna con las formas Tairona plenamente desarrolladas.

Bischof propone que la fecha de Nahuange corresponde a los siglos VI o VII. Para respaldar esta hipótesis está la fecha de 580 ± 120 (Beta-3563) proporcionada por el C¹⁴ en Quebrada de las Animas, asociada con fragmentos de tairona rojo burdo (Herrera, comunicación personal).

Las cucharillas de arcilla de La Fortuna y otros sitios de la región Atlántica de Costa Rica señalan un comienzo temprano de la tradición Tairona y también hablan de conexiones a grandes distancias. Se puede decir casi con certeza que estos implementos se utilizaban para consumir drogas y tabaco en polvo, y son copias exactas en arcilla de una categoría bien conocida de trabajo en piedra de los taironas (compárese Stone, 1977: Fig. 212b con Mason, 1931-1939[20], parte 1, Lamina 101). Stone me informa que las piezas de Costa Rica pertenecen al período definido por ella como período B temprano, aproximadamente hacia los años 1 a 400 de nuestra era.

En todo caso, el entierro Nahuange, con sus numerosos implementos ceremoniales y productos indicadores del prestigio del personaje, demuestra que los cacicazgos Tairona, al igual que sus contrapartes del

Sinú, comenzaron a perfilarse como entidades políticas y culturales hacia las primeras centurias de la era cristiana. En mi opinión, el surgimiento, por la misma época, de los cacicazgos del Istmo y del Caribe colombiano, constituye un fenómeno unitario y no es posible considerar a ninguna de esas áreas aisladamente.

Conclusiones: el papel de la ideología

El caso Tairona es solamente uno de los elementos del tema central de este trabajo: el conservacionismo ante la oportunidad de cambio. La analogía de la cadena sirve para describir esta situación, pero no la explica. Si los contactos entre las regiones diversas de Colombia y el Istmo fueron prácticamente continuos, ¿por qué entonces se mantuvieron las fronteras culturales durante tanto tiempo? ¿Por qué, a pesar del intercambio permanente, no se fueron desarrollando mayores semejanzas entre las culturas vecinas? ¿Y por qué es siempre fácil reconocer, a primera vista, una vasija del Magdalena, un zoomorfo de Coclé o incluso una industria lítica de Colombia?

Una de las explicaciones podría ser la estabilidad poblacional. La evidencia señala que las migraciones a gran escala y las invasiones territoriales no eran frecuentes y que gran parte de los contactos comerciales pudieron haberse producido en forma indirecta, de "mano en mano". Sin embargo, no cabe duda de que dichos contactos se produjeron y que el aislamiento geográfico no puede ser entonces la única explicación. Lo más probable es que hayan existido barreras de otro tipo y mi hipótesis es que dichas barreras era de tipo ideológico, en el sentido más amplio de la palabra.

Cuando se adopta algo de otra cultura, generalmente es la tecnología (metalurgia, cerámica pintada, complejos agrícolas), pero esa tecnología se utiliza exclusivamente para fines locales. Es sorprendente ver que es mínimo el grado de imitación directa. Cuanto más neutro es un rasgo, mayor es su distribución y mayor la probabilidad de que sea aceptado. Tal como lo hemos demostrado a través de nuestras comparaciones, los dibujos geométricos viajan más rápido y más lejos que los temas simbólicos o figurativos, los cuales suelen ser muy regionales.

Ya que la historia nos demuestra que son más las personas que han dado la vida por su ideología que por sus estilos artísticos, podríamos comenzar por analizar el contenido ideológico de la cerámica, la metalurgia y demás. Anteriormente se le prestó demasiada atención al estilo y muy poca al tema, y aún no se le ha dado a los estudios iconográficos la importancia que merecen. Una excepción rara, la cual señala el camino hacia un desarrollo ulterior, es el ensayo en el cual Linares (1976c) demuestra que las figuras de animales que aparecen en la cerámica y la orfebrería de Sitio Conte están cargadas de mensajes simbólicos cuyo objeto es fortalecer la ideología sociopolítica de una determinada sociedad. Por lo tanto, es de esperar que haya habido resistencia al cambio. Dentro de este tipo de contexto, el hecho de adoptar un motivo ajeno podría representar un gran acontecimiento ideológico -tan

serio, a su manera, como el hecho de agregar una hoz y un martillo a la bandera de los Estados Unidos o colgar un icono en una iglesia Bautista.

Reconocimiento

Por la ayuda recibida en cuanto a bibliografía, información inédita o asesoría, debo manifestar mi agradecimiento a Gerardo Ardila, Karen Bruhns, Richard Cooke, Gonzalo Correal U., Janice Darch, Robert Eidt, Ana María Falchetti, Norman Hammond, David Harris, Sven-Erik Isacson, Fred Lange, William Mayer-Oakes, Charles McGimsey III, James J. Parsons, Barbara Pickersgill, Dolores Pipemo, Clemencia Plazas, Marianne Schrimppf, Doris Stone, Luisa Herrera de Turbay, Nikolaas van der Merwe y Erika Wagner.

NOTA DEL EDITOR: Este artículo fue originalmente publicado en inglés en 1984 bajo el título "Across the Darien gap: a Colombian view of Isthmian Archaeology". Para su traducción y publicación en español se actualizaron algunos datos y referencias bibliográficas, no así la interpretación que continúa siendo válida.

BIBLIOGRAFIA

ANGULO VALDES, CARLOS

- 1951 Arqueología de Tubará, *Divulgaciones Etnológicas* 2(3): 7-52.
 1962 Evidencias de la Serie Barrancoide en el Norte de Colombia, *Revista Colombiana de Antropología* 11: 73-88.
 1963 Cultural Development in Colombia, in *Aboriginal Cultural Development in Latin America: An Interpretative Review*, ed. B.J. Meggers and C. Evans: 55-66. Smithsonian Miscellaneous Collections Vol. 146, No. 1.
 1978 *Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta* (Bogotá: Banco de la República, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales).
 1981 *La Tradición Malambo*. (Bogotá: FIAN, Banco de la República).

ARDILA CALDERON, GERARDO I.

- 1980 Investigaciones Arqueológicas en la Mana y las Peñitas (Chía), *Micronoticias Antropológicas*, septiembre-octubre: 11-13.
 1982 Análisis y perspectivas sobre la Etapa Lítica en Colombia. Seminario Nacional de Arqueología, Bogotá.

BARTLETT, ALEXANDRA S., BARGHOORN, ELSO S. AND BERGER, RAINER

- 1965 Fossil Maize from Panama, *Science* 165: 389-390.

BEADLE, G.W.

- 1977 The origin of *Zea mays*, in *Origins of Agriculture*, ed. C.A. Reed: 615-636 (The Hague: Mouton).

BELL, ROBERT E.

- 1965 *Investigaciones Arqueológicas en el Sitio de El Inga, Ecuador* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana).
- BISCHOF, HENNING
- 1966 Canapote - An Early Ceramic Site in Northern Colombia, Preliminary Report, *Actas XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, España, 1964*, Vol. 1: 482-491.
- 1969a Contribuciones a la cronología de la Cultura Tairona (Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia), *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart-München, 1968*, Band 1: 259-269.
- 1969b La Cultura Tairona en el Area Intermedio, *Verhandlungen des XXXVI Internationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart-München, 1968*, Band 1: 272-280.
- 1971 Die Spanisch-Indianische Auseinandersetzung in der Nördlichen Sierra Nevada de Santa Marta (1501-1600), *Bonner Amerikanistische Studien* No. 1.
- 1972 The origins of pottery in South America: Recent radiocarbon dates from Southwest Ecuador, *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanistici, Roma-Genova, 1972*: 269-281.
- BOUCHARD, JEAN FRANÇOIS
- 1979 Hilos de oro martillado en la costa Pacífica del Sur de Colombia, *Boletín del Museo del Oro, Año 2*, mayo-agosto: 21-24.
- BRADBURY, J. PLATT; LEYDEN, B.; SALGADO-LABOURIAU, M.; LEWIS Jr., W.M., SCHUBERT, C.; BINFORD, M. W.; FREY, D. G.; WHITEHEAD, D. R. AND WEIBEZAHN, F.H.
- 1981 Late Quaternary Environmental History of Lake Valencia, *Science* 214: 1299-1305.
- BRAY, WARWICK
- 1972 Ancient American Metal-Smiths, *Proceedings of the Royal Anthropological Institute for 1971*: 25-43.
- 1977 Maya Metalwork and its External Connections, in *Social Process Maya Prehistory*, ed. N. Hammond: 365-403. (London, etc., Academic Press).
- 1978 An Eighteenth Century Reference to a Fluted Point from Guatemala, *American Antiquity* 43(3): 457-460.
- 1978b *The Gold of El Dorado* (London: Times Books).
- 1980 Fluted Points in Mesoamerica and the Isthmus: A Reply to Rovner, *American Antiquity* 45(1): 168-170.
- 1981 Goldwork, in *Between Continents/Between Seas: Art of Ancient*, Costa Rica, ed.
- BRIZUELA, GLADYS DE
- 1972 Investigaciones en la Provincia de Veraguas, *Hombre y Cultura* 2(3): 119-137.
- BRUHNS, KAREN OLSEN
- nd *Simú Metalwork in the Collection of the De Young Museum, San Francisco, California*, (unpublished manuscript, Department of Anthropology, San Francisco State University).
- BRUHNS, KAREN OLSEN; OSORIO GOMEZ, OSCAR AND CHRISTIANSEN, OLE
- 1976 A projectile point from the Department of Quindío, *Nawpa Pacha* 14, 69-72.
- BULLEN, RIPLEY P. AND STOLTMAN, JAMES B.
- 1972 Fibre-tempered pottery in Southeastern United States and Northern Colombia: Its origins, context and significance, *Florida Anthropological Society Publication No. 6/The Florida Anthropologist* 25(2), Part 2.
- BURLEIGH, RICHARD AND BROTHWELL, DON
- 1978 Studies on Amerindian Dogs 1: Carbon Isotopes in Relation to Maize in the Diet of Domestic Dogs from Early Peru and Ecuador, *Journal of Archaeological Science* 5: 355-362.
- CADAVID, GILBERTO AND TURBAY, LUISA FERNANDA HERRERA DE
- 1977 *Arqueología de la Sierra Nevada de Santa Marta: Investigaciones Culturales en el Area Tairona* (Bogotá: manuscript report).

CARDALE-SCHRIMPPFF, MARIANNE

- 1976 Salt production in the eastern cordillera of Colombia before and after the Spanish Conquest: A preliminary survey, *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, México, Vol. 2: 419-428.

CASTELLANOS, JUAN DE

- 1955 *Elegías de varones ilustres de Indias* (Bogotá: Editorial ABC).

COCHRANE, CHARLES STUART

- 1825 *Journals of a Residence and Travels in Colombia during the Years 1823 and 1824* (London: Henry Colburn).

COE, MICHAEL D.

- 1962 Costa Rican Archaeology and Mesoamerica, *Southwestern Journal of Anthropology* 18(2): 170-183.

COOKE, RICHARD G.

- 1976a Informe sobre Excavaciones en el Sitio CHO-3, Miraflores, río Bayano, febrero 1973. *Actas del IV Simposium Nacional de Arqueología y Etnohistoria de Panamá*: 367-426 (Universidad de Panamá/Instituto Nacional de Cultura).
- 1976b Nuevos Análisis de Carbono-14 para Panamá al Este de Chiriquí: Una Actualización de los Cambios Culturales Prehistóricos, *La Antigua* No. 6: 88-111.
- 1976c El Hombre y la Tierra en el Panamá Prehistórico, *Revista Nacional de Cultura* 2: 17-38.
- 1979 Los Impactos de las Comunidades Agrícolas sobre los Ambientes del Trópico Estacional, *Actas del IV Simposium Internacional de Ecología Tropical*, Tomo III: 917-973.

CORREAL URREGO, GONZALO

- 1974 Artefactos Líticos en la Hacienda Boulder, *Revista Colombiana de Antropología* 16.
- 1977 Exploraciones arqueológicas en la Costa Atlántica y Valle del Magdalena, *Caldasia* 11, No. 55: 33-128.
- 1979 *Investigaciones Arqueológicas en Abrigos Rocosos de Nemocón y Sueva* (Bogotá: Banco de la República, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales).
- 1980a El Sitio Arqueológico Tibitó 1, *Micronoticias Antropológicas*, marzo-abril: 7-8.
- 1980b Estado actual de las investigaciones sobre la etapa lítica en Colombia, *Antropológicas* 2: 11-30.
- 1980c Evidencias Culturales asociadas a Megafauna durante el pleistoceno tardío en Colombia, *Geología Norandina* 1: 29-34.

CORREAL URREGO, GONZALO AND PINTO NOLLA, MARIA

- 1982 Investigaciones Arqueológicas en el Municipio de Zipacón, Cundinamarca, *Boletín del Museo del Oro* 5: 24-34.

CORREAL URREGO, GONZALO AND VAN DER HAMMEN, THOMAS

- 1977 *Investigaciones arqueológicas en los Abrigos rocosos del Tequendama. 11,000 años de prehistoria en la Sabana de Bogotá* (Bogotá: Banco Popular).

DADE, PHILIP L.

- 1960 Rancho Sancho de la Isla, A Site in Coclé Province, Panamá. A Preliminary Report. *Panama Archaeologist* 3(1): 66-87.

DEBOER, WARREN R.

- 1975 The archaeological evidence for manioc cultivation. A cautionary note, *American Antiquity* 40(4): 419-433.

DROLET, ROBERT PATRICK

- 1980 *Cultural Settlement Along the Moist Caribbean Slopes of Eastern Panama* (Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of Illinois at Urbana-Champaign).

DUQUE GOMEZ, LUIS

- 1964 *Exploraciones Arqueológicas en San Agustín* (Bogotá: Imprenta Nacional, Revista Colombiana de Antropología, Suplemento No. 1).

DUSSAN DE REICHEL, ALICIA

- 1954 Crespo: un nuevo complejo arqueológico del Norte de Colombia, *Revista Colombiana de Antropología* 3: 171-188.
 1967 Una escultura lítica de tipología costarricense de la Sierra Nevada de Santa Marta, *Razón y Fábula* 2: 39-42.

ESCALANTE, AGUILES

- 1955 Los Mocoana: prehistoria y conquista del departamento del Atlántico, Colombia, *Divulgaciones Etnológicas* 4(6).

FALCHETTI, ANA MARIA

- 1976 *The Goldwork of the Sinú Region, Northern Colombia* (M. Phil. dissertation, Institute of Archaeology, University of London).

FALCHETTI DE SAENZ, ANA MARIA

- 1979 Colgantes "Darién": Relaciones entre Areas Orfebres del Occidente Colombiano y Centroamérica, *Boletín del Museo del Oro*, Año 2, enero-abril: 1-55.

FARABEE, W. M. CURTIS

- 1920 Ancient American Gold, *The Museum Journal* 11(3): 93-129. The University Museum, Philadelphia.

FONSECA Z., OSCAR AND RICHARDSON III, JAMES B.

- 1978 South American and Mayan Cultural Contacts at the Las Huacas Site, Costa Rica, *Annals of the Carnegie Museum* 47: 299-317. Pittsburgh.

FOSTER, DONALD W. AND LATHRAP, DONALD W.

- 1973 Further evidence for a well developed tropical forest culture on the North coast of Colombia during the second millennium B.C., *Journal of the Steward Anthropological Society* 4(2):

GALINAT, W.C.

- 1980 The Archaeological Maize Remains from Volcan Panama - A Comparative Perspective, in *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*, eds. Olga F. Linares and Anthony J. Ranere: 174-180 (Harvard University: Peabody Museum Monographs No. 5).

GALLAGHER, PATRICK

- 1976 La Pitia: An Archaeological Series in Northwestern Venezuela, *Yale University Publications in Anthropology* No. 76.

GIAP (GRUPO DE INVESTIGACION DE ARQUEOLOGIA Y PREHISTORIA)

- 1979 *Boletín No. 4* (Medellín: Universidad de Antioquia).
 1980 *Investigación Arqueológica y Prehistórica de un Yacimiento Conchal en la Costa Atlántica Colombiana. Turbo-Antioquia* (Medellín: Universidad de Antioquia).

GORDON, B. LE ROY

- 1957 Human Geography and Ecology in the Sinú Country of Colombia, *Ibero-Americana* 39.

GROOT DE MAHECHA, ANA MARIA

- 1980 Buritaca-200: Una fecha de radiocarbono asociada con objetos de orfebrería Tairona, *Boletín del Museo del Oro*, Año 3, mayo-agosto: 21-34.

HARRIS, DAVID R.

- 1969 Agricultural systems, ecosystems and the origins of agriculture, in *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, ed. P.J. Ucko and G.W. Dimbleby: 3-15, (London: Duckworth).

HELMS, MARY W.

- 1979 *Ancient Panama: Chiefs in Search of Power* (Austin and London: University of Texas Press).

HESTER, THOMAS R., SHAFER, HARRY J. AND KELLY, THOMAS C.

- 1980 A Preliminary Note on Artifacts from Lowe Ranch: A Preceramic Site in Belize, in *The Colha Project, Second Season, 1980, Interim Report*, ed. T.R. Hester, J.D. Eaton and H.J. Shafer: 229-231 (San Antonio: Center for Archaeological Research, University of Texas).

HESTER, THOMAS R.; KELLY, THOMAS C, AND LIGABUE, GIANCARLO

- 1981 A Fluted Paleo-Indian Projectile Point from Belize, Central America, *Working Paper No. 1, Colha Project*, (San Antonio: Center for Archaeological Research, University of Texas).

HURT, WESLEY R.; VAN DER HAMMEN, THOMAS AND CORREAL URREGO, GONZALO

- 1976 The El Abra Rockshelters, Sabana de Bogotá, Colombia, South America, *Occasional Papers and Monographs No. 2, Indiana University Museum*.

ICHON, ALAIN

- 1980 *Archéologie du Sud de la Péninsule d'Azuero, Panama* (México: Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique, Études Mésoaméricaines Serie II, 3).

IJZEREEF, G.F.

- 1978 Faunal remains from the El Abra Rockshelters, Colombia, *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 25: 163-177.

ISACSSON, SVEN-ERIK

- 1980 Gentilicios y desplazamientos de la población aborigen en el noroeste colombiano (1500-1700), *Indiana* 6: 209-224.

LATORRE, GERMAN

- 1919 *Relaciones geográficas de Indias (contenidas en el Archivo General de Indias de Sevilla)*, (Sevilla: Zarauela).

LINARES, OLGA F.

- 1976 Animals That Were Bad to Eat Were Good to Compete With: An Analysis of the Conte Style from Ancient Panama, in *Ritual and Symbol in Native South America*, ed. P. Young and J. Howe: 1-20 (University of Oregon Anthropological Papers No. 9).

LINARES, OLGA F. AND RANERE, ANTHONY J., eds.

- 1980 *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama* (Harvard University: Peabody Museum Monographs No. 5).

LINARES, OLGA F.; SHEETS, PAYSON D. AND ROSENTHAL, E. JANE

- 1975 Prehistoric Agriculture in Tropical Highlands, *Science* 187:137-14.

LINNÉ, SIGVALD

- 1929 *Darien in the Past* (Göteborg: Elanders Boktryckeri Antiebolag).

LOTHROP, SAMUEL KIRKLAND

- 1937 Coclé: An Archaeological Study of Central Panama, Part I, *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University*, vol. 7.

- 1942 Coclé: An Archaeological Study of Central Panama, Part II, *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University*, vol. 8.
- 1954 Suicide, Sacrifice and Mutilation in Burials at Venado Beach, Panama, *American Antiquity* 19(3): 226-234.
- LYNCH, THOMAS F.
- 1978 The South American Paleo-Indians, in *Ancient Native Americans*, ed. J.D. Jennings: 455-489 (San Francisco: Freeman).
- MACNEISH, RICHARD STOCKTON; WILKERSON, S. JEFFREY K. AND NELKEN-TERNER, ANTOINETTE
- 1980 *First Annual Report of the Belize Archaic Archaeological Reconnaissance* (Andover: R. E. Peabody Foundation for Archaeological Research, Phillips Academy).
- MASON, J. ALDEN
- 1931
- 1939 Archaeology of Santa Marta, Colombia: The Tairona Culture, *Field Museum of Natural History Anthropological Series* (Chicago), vol. 20, Parts 1, 2, 3.
- MAYER-OAKES, WILLIAM
- 1981 *Early Man Projectile Points and Lithic Technology in the Ecuadorian Sierra* (manuscript prepared for the R. E. Bell Festschrift).
- MCGIMSEY III, CHARLES R.
- 1964 Investigaciones Arqueológicas en Panamá: Informe Preliminar sobre las Temporadas de 1961-1962, *Hombre y Cultura* 1(3): 39-55.
- MIKSICEK, CHARLES H.; BIRD, ROBERT McK.; PICKERSGILL, BARBARA; DONAGHEY, SARA; CARTWRIGHT, JULIETTE AND HAMMOND, NORMAN
- 1981 Preclassic lowland maize from Cuello, Belize, *Nature* 289(5793): 56-59.
- MYERS, THOMAS P.
- 1978 Formative-Period Interaction Spheres in the Intermediate Area: Archaeology of Central America and Adjacent South America, in *Advances in Andean Archaeology*, ed. D.L. Browman: 203-234 (The Hague: Mouton).
- NUÑEZ-REGUEIRO, VICTOR A.; VALDEZ, JULIO CESAR AND TARTUSI, MARTA R. A.
- 1983 Efectos de la contaminación por carbón inerte en los fechados de C¹⁴ del sitio Z-102, Rancho Peludo, Edo. Zulia, Venezuela (informe preliminar). Maracaibo: *Programa Arqueología de Rescate Corpozulia-Luz, Publicaciones No. 5*.
- PARSONS, JAMES J.
- 1967 Antioquia's Corridor to the Sea: An Historical Geography of the Settlement of Urabá, *Ibero-Americana* 49.
- 1978 More on Pre-Columbian Raised Fields (Camellones) in the Bajo San Jorge and Bajo Cauca, Colombia, in *The Role of Geographical Research in Latin America*, ed. W.M. Denevan: 117-124 (Proceedings of the 1st. International Congress of Latin Americanist Geographers, Paipa, Colombia, 1977; Conference of Latin American Geographers Publication No. 7, Muncie).
- PARSONS, JAMES J. AND BOWEN, W. A.
- 1966 Ancient Ridged Fields of the San Jorge River Floodplain, Colombia *Geographical Review* 56: 317-343.
- PATIÑO, VICTOR MANUEL
- 1964 *Plantas cultivadas y animales domésticos en América Equinoccial, Tomo II, Plantas alimenticias* (Cali: Imprenta Departamental).

PAULSEN, ALLISON C.

- 1977 Patterns of Maritime Trade Between South Coastal Ecuador and Western Mesoamerica, 1500 BC - AD 600, in E. P. Benson (ed), *The Sea in the Pre-Columbian World*: 141-160, (Washington: Dumbarton Oaks).

PEARSALL, DEBORAH M.

- 1977
1978 Early Movement of Maize between Mesoamerica and South America, *Journal of the Steward Anthropological Society* 9(1-2): 41-75.

PICKERSGILL, BARBARA, AND HEISER JR., C.B.

- 1977 Origins and Distributions of Plants Domesticated in the New World Tropics, in *Origins of Agriculture*, ed. C.A. Reed: 805-835 (The Hague: Mouton).

PIPERNO, DOLORES R.

- 1980 *Phytolith Evidence for Maize Cultivation in Central Panama During the Early Ceramic (Monagrillo) Period*, Paper presented at the 45th meeting of the Society for American Archaeology, Philadelphia.
1981 *Phytolith Analysis of Pre-ceramic Soils from Southwest Ecuador: Evidence for Maize Cultivation by 6,000 BC*, Paper presented at the 46th meeting of the Society for American Archaeology, San Diego.
1982 *The Application of Phytolith Analysis to Paleo-Environmental Reconstruction in the Tropics: Comparison with a Pollen Sequence from the Gatun Basin, Panama*. Paper presented at the 81st annual meeting of the American Anthropological Association, Washington.

PIPERNO, DOLORES R. AND HUSUM CLARY, KAREN

Early Plant Use and Cultivation in the Santa Maria Basin, Panama. In Frederick Lange (ed), *Recent Advances in Isthmian Archaeology*: 85-121. Oxford: British Archaeological Reports. International Series 212.

PERERA, MIGUEL ANGEL

- 1979 *Arqueología y Arqueometría de las placas líticas aladas del occidente de Venezuela* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).

PLAZAS, CLEMENCIA; FALCHETTI DE SAENZ, ANA MARIA AND SAENZ O., JUANA

- 1979a *Investigaciones Arqueológicas en Montelíbano (Córdoba): Informe Parcial* (unpublished report, Museo del Oro, Bogotá).
1979b *Investigaciones arqueológicas en el río San Jorge*, *Boletín del Museo del Oro* Año 2, septiembre-octubre: 1-18.
1980 *Investigaciones arqueológicas en el río San Jorge* (unpublished report, Museo del Oro, Bogotá).

PULESTON, DENNIS E.

- 1977 The Art and Archaeology of Hydraulic Agriculture in the Maya Lowlands, in *Social Process in Maya Prehistory*, ed. N. Hammond: 449-467 (London, etc.: Academic Press).

REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO

- 1951 *Notes on the Present State of Anthropological Research in Northern Colombia* (Bogotá: Editorial Iqueima).
1954 *Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, Partes I and II*, *Revista Colombiana de Antropología* 2: 145-206.
1955 *Excavaciones en los conchales de la costa de Barlovento*, *Revista Colombiana de Antropología* 4: 247-272.
1962 *Una nueva fecha de carbono-14 de Colombia*, *Revista Colombiana de Antropología* 11: 331-332.
1965a *Colombia* (London: Thames and Hudson).
1965b *Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga (departamento de Bolívar)*, Bogotá: Universidad de los Andes, *Antropológica* No. 2.
1971 *Early Pottery from Colombia*, *Archaeology* 24(4): 338-345.
1978 *Colombia indígena: periodo prehispánico*, in *Manual de Historia de Colombia*, Tomo I: 31-114, ed. J.G. Cobo and S. Mutis (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Editorial Andes).

REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO AND ALICIA

- 1951 Investigaciones en el departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950, *Boletín de Arqueología* 3(1-6).
- 1953 Investigaciones en el departamento del Magdalena, Colombia, 1946-1950, Parte III, *Divulgaciones Etnológicas* 3(4).
- 1954a Contribuciones a la arqueología del bajo Magdalena (Plato, Zambrano, Tenerife), *Divulgaciones Etnológicas* 3(5): 145-162.

REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO

- 1954b "Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, Parte 3". *Revista Colombiana de Antropología* 3: 139-170. [The 1954 yan already have becomes 1954a].
- 1955 Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, Parte 4, *Revista Colombiana de Antropología* 4: 189-245.
- 1956 Momil: excavaciones en el Sinú, *Revista Colombiana de Antropología* 5: 109-333.
- 1957 Reconocimiento arqueológico de la hoyo del río Sinú, *Revista Colombiana de Antropología* 6: 31-157.
- 1959 La Mesa. Un complejo arqueológico de la Sierra Nevada de Santa Marta, *Revista Colombiana de Antropología* 8: 159-213.
- 1961 Investigaciones arqueológicas en la costa Pacífica de Colombia I: el sitio de Cupica, *Revista Colombiana de Antropología* 10: 239-320.
- 1974 Momil: dos fechas de radiocarbono, *Revista Colombiana de Antropología* 17: 185-187.

RENVOIZE, BARBARA S.

- 1970 *Manioc (Manihot esculenta Crantz) and its Role in the Amerindian Agriculture of Tropical America* (M. Phil. dissertation, Department of Geography, University College, London).
- 1972 The Area of Origin of *Manihot esculenta* as a Crop Plant - A Review of the Evidence, *Economic Botany* 26(4): 352-360.

RICHARDSON III, JAMES B.

- 1973 The Preceramic Sequence and the Pleistocene and Post-Pleistocene Climate of Northwest Peru, in *Variation in Anthropology*, ed. D.W. Lathrap and J. Douglas: 199-201. (Urbana: Illinois Archaeological Survey).

ROGERS, DAVID M.

- 1965 Some Botanical and Ethnological Considerations of *Manihot esculenta*, *Economic Botany* 19: 369-377.

ROOSEVELT, ANNA CURTENIUS

- 1980 *Parmana: Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco* (New York, etc. Academic Press).

SANOJA, MARIO

- 1966 Datos Etnohistóricos del Lago de Maracaibo, *Economía y Ciencias Sociales*, Año 8, enero-diciembre: 221-251.

SANTAMARIA, DIANA

- 1981 Preceramic Occupations at Los Grifos Rock Shelter, Ocozocoautla, Chiapas, Mexico, in *Tenth Congress, International Union of Prehistoric and Protohistoric Sciences, Miscellaneous Volume*: 63-83.

SANTOS, GUSTAVO, ROMAN, GUSTAVO Y SANTOS, HELDA OTERO DE

- 1980 *Asentamientos Prehispánicos en la Región de Golfo de Urabá* (manuscript, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín).

SAUER, CARL ORTWIN

- 1966 *The Early Spanish Main* (Berkeley: University of California Press).

SCHREVE-BRINKMAN, ELISABETH J.

- 1978 A palynological study of the Upper Quaternary sequence in the El Abra corridor and rock shelters, *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 25: 1-109.

SHLEMON, ROY J. AND PARSONS, JAMES J.

- 1977 Late Quaternary Cyclic Sedimentation, San Jorge River Floodplain, Colombia, *Abstracts, 10th International Quaternary Association (INQUA) Congress, Birmingham, England, 1977*: 419.

SIMON, FRAY PEDRO

- 1953 *Noticias Historiales* (Bogotá: Editorial Kelly).

SMITH, J. STEPHEN C. AND LESTER, RICHARD N.

- 1980 Biochemical Systematics and the Evolution of *Zea*, *Tripsacum* and Related Genera, *Economic Botany* 34(3): 201-218.

SNARSKIS, MICHAEL

- 1976 Stratigraphic Excavations in the Eastern Lowlands of Costa Rica, *American Antiquity* 41(3): 342-353.

STIRLING, MATTHEW W. AND MARION

- 1964 The Archaeology of Taboga, Urabá and Taboguilla Islands, Panama, *Archaeological Paper No. 73, Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin* 191.

STONE, DORIS

- 1977 *Pre-Columbian Man in Costa Rica* (Cambridge: Peabody Museum Press).

STONE, DORIS, AND BALSER, CARLOS

- 1965 Incised Slate Disks from the Atlantic Watershed of Costa Rica, *American Antiquity* 30(3): 310-329.

STOTHERT, KAREN E.

- 1977a *Proyecto Paleoindio: Informe Preliminar* (Guayaquil: Museo Antropológico del Banco Central).
1977b *Preceramic Adaptation and Trade in the Intermediate Area* (paper presented at the 76th meeting of the American Anthropological Association).

STUIVER, MINZE

- 1969 Yale Natural Radiocarbon Measurements IX, *Radiocarbon* 11(2): 545-658.

SUTHERLAND, DONALD R. AND MURDY, CARSON N.

- 1979 Adaptaciones prehistóricas al ambiente litoral en la isla de Salamanca, Costa Norte de Colombia, *Universitas Humanísticas* 10: 53-75 (Bogotá: Universidad Javeriana).

TURBAY, LUISA FERNANDA HERRERA DE

- 1980 Buritaca-200: Estudio del polen arqueológico, *Boletín del Museo del Oro*, Año 3, mayo-agosto: 1-20.

TURNER II, B.L.; HARRISON, P.D.; FRY, R.E.; ETTLINGER, N.; DARCH, J.P.; JOHNSON, W.C.; SHAFER, H.J.; COVICH, A.; WISEMAN, F.M. AND MIKSICEK, C.

- 1980 *Maya Raised Field Agriculture and Settlement at Pulltrouser Swamp* (Report of the 1979-1980, University of Oklahoma-National Science Foundation Pulltrouser Swamp Project).

VAN DER HAMMEN, THOMAS

- 1962 Palinología de la región de "laguna de los Bobos", *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 11(44): 359-361.
1965 A Pollen Diagram from Laguna de la Herrera (Sabana de Bogotá), *Leidse Geologische Mededelingen* 32: 183-191.

- 1974 The Pleistocene changes of vegetation and climate in tropical South America, *Journal of Biogeography* 1: 3-26.
- 1978 Stratigraphy and environments of the Upper Quaternary of the El Abra corridor and rock shelters, *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 25: 111-162.
- 1981 Environmental Changes in the Northern Andes and the Extinction of Mastodon. *Geologie en Mijnbouw* 60: 369-372.
- VAN DER HAMMEN, THOMAS, AND CORREAL URREGO, GONZALO
- 1978 Prehistoric Man on the Sabana de Bogotá: Data for an Ecological Prehistory, *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 25: 179-190.
- VAN DER MERWE, NIKOLAAS J., ROOSEVELT, ANNA CURTENIUS AND VOGEL, J.C.
- 1981 From Manioc to Maize on the Middle Orinoco: Isotopic Evidence for Prehistoric Subsistence change at Pamana, *Nature* (in press).
- VAN GEEL, B. AND VAN DER HAMMEN, THOMAS
- 1973 Upper quaternary vegetation and climatic sequence in the Fuquene area (Eastern Cordillera, Colombia), *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 14: 9-92.
- VOGEL, J.C. AND LERMAN, J.C.
- 1969 Groningen Radiocarbon Dates VIII, *Radiocarbon* 11(2): 351-390.
- WAGNER, ERIKA
- 1967 The Prehistory and Ethnohistory of the Carache Area in Western Venezuela, *Yale University Publications in Anthropology* No. 71.
- 1973 The Mucuchies Phase: An Extension of the Andean Cultural Pattern in Western Venezuela, *American Anthropologist* 75(1): 195-213.
- WIJMSTRA, T. A.
- 1967 A Pollen Diagram from the Upper Holocene of the Lower Magdalena Valley, *Leidse Geologische Mededelingen* 39: 261-267.
- ZEVALLLOS, C.; GALINAT, W.; LATHRAP, D.; LENG, E.; MARCOS, J. AND KLUMPP, K.
- 1977 The San Pablo Corn Kernel and its Friends, *Science* 196: 385-389.
- ZUCCHI, ALBERTA
- 1972 New Data on the Antiquity of Polychrome Painting from Venezuela, *American Antiquity*, 37(3): 339-446.
- 1973 Prehistoric Human Occupations of the Western Venezuelan Llanos, *American Antiquity* 38(2): 182-190.